Acad-II
Lop-114

DISCURSO

LEIDO ANTE LA

Real Academia Española

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SR.

D. JOSÉ FRANCOS RODRIGUEZ

EL DIA 16 DE NOVIEMBRE DE 1924

CONTESTACION

DEL EXCMO. SR.

D. CARLOS M.ª CORTEZO

MADRID
J. MORALES, IMPRESOR.—VINAROZ, 8
1924

R40764

DISCURSO

LEIDO ANTE LA

Real Academia Española

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SR.

D. JOSÉ FRANCOS RODRIGUEZ

EL DIA 16 DE NOVIEMBRE DE 1924

CONTESTACION

DEL EXCMO. SR.

D. CARLOS M.ª CORTEZO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
BIBLIOTECA

MADRID
J. MORALES, IMPRESOR.—VINAROZ, 8
1924

DISCURSO

DEL EXCMO. SR.

D. JOSÉ FRANCOS RODRIGUEZ

Señores Académicos:

La vida de Jacinto Octavio Picón, silenciosa y trascendental, estuvo consagrada a los trabajos literarios en que fué maestro; otras inclinaciones suyas, no pasaron de tentativas fugaces, y supo invertir los días, risueños o tristes, lejos de ruidos y ambiciones, en las intimidades familiares, siempre purificadoras, y en el regazo del Arte, que si emocionando, provoca lágrimas, también enjuga las arrancadas por el duelo.

Al dejar las aulas en 1873 y sentir los primeros afanes públicos, quiso ser periodista, dedicándose a la crítica, que ejerció lucida y noblemente. Fueron muchos sus trabajos de esta clase y varios los periódicos donde se publicaron. En todos resplandecían las mismas notas: criterio independiente, cultura sólida, exposición clara, pulcra y comedida. No desamparó los intereses de la estética, pero sin agravar las penas merecidas por los yerros, acordándose de que la Justicia es hermana gemela de la Bondad, y al distribuir elogios y censuras, conforme a los casos en que intervino, no alteraron su sosiego las reclamaciones del agravio, aun tropezando, a veces, con la ingratitud o con el despecho.

Sus labores de crítico no fueron efímeras, salvándose algunas de la muerte a que los periódicos condenan, día por día, los de cada uno. De la salvación dan hermoso testimonio los *Apuntes para la historia de la caricatura,* el magnífico estudio acerca de

La vida y obras de Don Diego Velázquez, y varias cartas publicadas en *El Imparcial* como relato de la Exposición parisiense de 1878. No contuvo su pericia en los términos de las artes plásticas; algo habló también de comedias y de libros, componiendo monografías de mérito, como las dedicadas a don Adelardo López de Ayala y a D. Emilio Castelar, y una Memoria acerca de lo que debe ser el drama, recibida en el Ateneo con vehementes manifestaciones de aplauso.

Contadas veces escribió de política; lo hizo siempre invocando las ideas, no las pasiones, conforme a su carácter, transigente. Por serlo, no vivió a gusto ni en el Parlamento, ni en la Prensa acalorada, viéndosele en ambos lugares, de visita, para dejar su tarjeta de partidario, con opiniones radicales bien vestidas, sin greñas ni descomposturas. Aborrecía el tumulto, amaba la dulce tranquilidad en que se sumergen las almas enamoradas del bien; tuvo el empeño contínuo de pensar y creer, y como para la satisfacción de tales ansias estorba el tragín mundano, le esquivaba, no invirtiendo en sus ardientes devaneos esfuerzos reclamados por empresas eficaces.

Las de mayor alcance y a las que consagró el ingenio con que Dios quiso favorecerle, fueron sus novelas y cuentos. Las primeras, dadas a luz desde el año 1882 hasta el 1914; en más amplio transcurso, los segundos, que después de insertos por diarios y revistas, formaron libros con títulos distintos *(Novelitas, Cuentos de mi tiempo, Drama de familia,* etcétera), reunidos como tributo de los admiradores, o por estímulos editoriales.

Las obras de Picón ocupan sitio preferente en la historia literaria de España, y si no figura su nombre, estará incompleto cualquier florilegio de nuestros novelistas; no fueron muchas sus producciones, pero sí selectas, teniendo todas como tema dominante la exaltación del amor humano, eterno peregrino en busca de la felicidad. Las figuras evocadas con mayor complacencia y acierto en los libros de Picón, fueron las de mujer, y su máximo

deleite el de consagrar atenciones reivindicadoras a cuantas padecen persecución por la injusticia, defendiendo con generosa pertinacia sus sentimentalismos. La que sucumbe al cerco de las necesidades e infames arterías, la sacrificada por el egoísmo, la rendida a pompas y apetitos sueltos, a su antojo, pasan por las novelas de Picón, dejando en ellas rastro de pesares o de consuelo, de dolor o de esperanza, nunca el ruín que empuja a las sublimes funciones del arte, por el camino obscuro de la tercería.

Lo mismo en los cuentos; pueblan los de Picón criaturas infelices, en quienes se ceba la desgracia, víctimas de la impiedad, del abandono mundanal; pintadas para que quienes desconocen o fingen desconocer las desdichas, sepan de sus destrozos y en vez de atizar rencores pidan a la paz que dirima cuantas contiendas bárbaras suscita el odio.

La pluma creadora de *La hijastra del Amor* tuvo siempre simpatía por los débiles, los desamparados, aquellos a quienes amenazan, brutal o perversa, la ignorancia o la infamia, pero aparte miras trascendentales, hermosamente satisfechas, el fin supremo que la indujo fué el artístico, complaciéndose por lo mismo en dar a sus evocaciones la armonía y el encanto de la Belleza.

Su estilo fué sobrio, jamás ramplón; cuidado, no ñoño, a fuerza de retoques. Notábase en su prosa, nobleza sin empaque; elegancia sin afectaciones; era gallarda, flexible, atractiva; nunca la afearon ni tiesuras impertinentes, ni alardes ociosos. Fluyó natural, diáfana, con dejos musicales, apenas perceptibles para no incurrir en amaneramientos.

El creador de *Dulce y sabrosa,* supo vivir siempre en contacto con los idealismos; narró las vicisitudes sociales, sin complacerse en sus extravíos, y menos aún en inventarlos, estudiando las almas con el afán de infundirles aliento, no para deleitarse con su estrago, y tuvo inclinación optimista, como si respondiera a su equilibrio moral, pues a veces, quienes gozan con la exage-

ración de los males, obedecen más al dolor de los propios, que a la fiel reproducción de los ajenos.

Las prendas excelsas de su entendimiento iban acompañadas por un corazón sano, firme y puro. Pasó por la existencia fiel a los deberes, atento a la voz que perennemente los recuerda, y cuando el infortunio le puso a prueba, las aflicciones jamás enturbiaron la corriente limpia de su carácter, hallándole la muerte asistido por las preeminencias de su categoría y por lo que vale más, el augusto reposo que acompaña a los buenos, cuando les llega la hora de ver cómo se derrumba lo transitorio y se yergue lo imperecedero.

A tal varón sucedo en esta Academia; no ambiciono reemplazarle, procuraré seguirle con el pensamiento, aunque sin las obras. Siendo distintas las calidades, sea también diversa la suerte que les alcance: para el ilustre desaparecido, tributo que corresponda a su memoria; para el que llega a vuestro recinto, apoyo generoso tal y como por serme necesario le requiero, y por ser quienes sois podéis concederle, colmando la benevolencia con que me honrásteis al elegirme.

I

Mis constantes devociones por la Prensa, y el afán de atenuar, amparándome en lo propio, riesgos seguros con temas ajenos, me inducen a elegir para estas páginas el *del periódico y su desenvolvimiento en España*. Confieso previamente mi disconformidad con cuantos exaltan al periodismo, asignándole atributos de sacerdocio o poder de cuarto Estado. No se halla ungido por las virtudes, ni libre de obediencia por fuerza soberana. Tampoco necesita encarecimientos postizos; le basta con su auténtica condición, no excediéndola mediante hipérboles. Si se habla de influjos, los abarca todos, no resumiéndose en ninguno; si de pres-

tigios, muestra los que ufanan a los mortales, evitando la tentación de apropiárseles. Compendia la actividad social; la interpreta, le da medios para expresarse y decisión para que se manifieste, y por lo mismo se le confunde a menudo con aquellos decisivos elementos, de que sólo es en verdad mensajero.

En él se reflejan contrapuestas intenciones, nacidas en una sola voluntad. Son los mismos, según las circunstancias, quienes le miman y le rehuyen, le temen y le desdeñan, le insultan y le lisonjean, le provocan y le maniatan, le ensalzan y le deprimen; los mismos son cuantos le consideran en unos trances encanto que arrebata, y en otros realidad que paraliza la obra caprichosa de los ensueños. No tiene para qué engalanarse con atributos prestados, pues la mano empleada en la merced suele también consagrarse al despojo. No apetece la sombra del privilegio, ni se cree destinado a misiones excepcionales; no sueña con triunfos exclusivos, ni se afana por magistraturas sentenciosas; sabe que acuden a él todas las doctrinas, le invocan todas las aspiraciones, le asedian todos los apasionamentos, le solicitan todas las curiosidades, y educador práctico de la sensibilidad, encauza sus inquietudes, difundiendo ideas que, como ha dicho un escritor, vuelan con las alas de los periódicos.

Los historiadores no le incluyen en su falange, los literatos le miran con desdén, la Ciencia no le oye, las artes le tratan como a vulgo, y, sin embargo, unos y otros le buscan, porque difunde y multiplica la fuerza de la sociedad, proporcionando independencia a sus elementos cuando real o aparentemente constituyen criterios individuales. Sin ser sabio, sirve a la sabiduría; sin ser rico, influye en la riqueza; gobierna sin Estados y manda sin súbditos, porque con hilos invisibles teje la red que nos envuelve y pone en relación ideas, sentimientos, pasiones, intereses, cuanto forma la masa confusa y palpitante de nuestra vida.

Hay quien concede al periodismo prerrogativas de historia; no lo es, pero la forma; acarrea los materiales para que la escriban

con calma quienes no sienten los estremecimientos nerviosos de la actualidad. La primera que se constituye es la opinión momentánea, luego, depurada por el tiempo, la consolidan e interpretan el talento y la independencia; pero el juicio solemne no puede olvidar que tiene su raiz modesta en la noticia, y que según comparación afortunada, el periódico es como el mosto: revuelto, agitado con los tumultos de la fermentación, y la Historia, como el vino, claro, limpio y transparente.

Hay en el periodismo algo que le diferencia de los demás géneros literarios: no tiene ni la substancia del discurso, ni el arrebato de la poesía, ni el plan del drama, ni el ordenamiento de la novela, ni el examen minucioso de la crítica; pero lo es todo al mismo tiempo: convence como la arenga, conmueve como los versos, subyuga como la ficción escénica, interesa como el relato novelesco y persuade como las reflexiones del juzgador. Conduce cuantas emociones nos agitan; unas veces las del pesar y otras las sonoras de la alegría; las profundas que han de perpetuarse, junto a las pasajeras que borrará el olvido; las efectivas, al lado de las inventadas, las permanentes y las transitorias; todas las que nos sacuden, inquietan y forman una especial literatura improvisada, donde si no se advierte la madurez conseguida con el reposo, se delatan las lozanías seductoras de lo espontáneo.

Diferentes son las condiciones en que se mueven el profesional de la literatura y el del periodismo. Aquél pide aislamiento y abstracción; éste vive en el desasosiego y el bullicio; el uno ambiciona definida personalidad, el otro la sepulta en las aspiraciones colectivas; uno es íntimo, otro público. Prepara el literato sus alardes con toda la parsimonia que le conviene, eligiendo instante para manifestarse, y el periodista se entrega a exigencias de la ocasión, no de su deseo; así, uno creador de sus invenciones y otro intérprete de lo que contempla, confían ambos en el arte, para inspirarse libremente el primero, y el segundo para transmitir cuanto le impresiona. El periodismo es siempre mani-

festación de juventud, como que cada una de sus hojas sucumbe sin conocer la plena razón y se agosta y pulveriza antes de que la barra el desengaño. No inventa, copia; no elige los temas, habla de los que le dictan; recibe, gratas o ingratas, cuantas impresiones le suministra la vida, y muchas veces sufre el enojo de quienes, en vez de execrar las torpezas, maldicen a cuantos por obligación las difunden.

Hay literatura en el periodismo; se marchita pronto, no piensa en el mañana; tiene en cada número su propio afán; no sueña con vivir, sino con que vivan quienes la soliciten. No se somete a ordenamientos y categorías; lo principal de un instante es lo secundario en el que le sigue; desprecia hoy lo que ayer apeteció. Apela a todos los recursos de que dispone el ingenio humano; es insinuante, sutil, imperativa, pero le están vedadas las premeditaciones. Tiene proceder vertiginoso; sigue el curso de las horas y se desarrolla en el espacio reducido de las veinticuatro correspondientes a cada jornada, breve mundo en que nacen, crecen, gozan, sufren, declinan y mueren los encontrados afanes de la existencia.

Cambian los representantes del periodismo, según las vicisitudes mundanas; quién le toma por oficio y quién cómodamente se limita a utilizarle unos momentos; para aquéllos es vocación, para los de más allá ventaja; éste le arrastra como cadena y aquél le aprovecha para izarse; es en muchos casos hogar, en bastantes albergue de una noche y a sus puertas llaman, no sólo la Justicia, el Derecho, la Razón y la Piedad; llaman también las pasiones, las maldades, las codicias, los empeños frívolos. El que busque feria, en él contará ganancias, si las hubiere; quien le mire como empleo noble, puede satisfacer a su espíritu, ejerciéndole, y todos, al fin, quedarán persuadidos de que mucho o poco le tuvieran alguna o bastantes veces en el pensamiento, en la voluntad o en el corazón.

Cuenta con múltiples cortesanos, pero de sobra tornadizos;

sus halagos, que por lo común nacen de la esperanza o del miedo, duran poco y los quiebra la desilusión o los disipa el hastío, pues al vanidoso le falta tiempo para recordar lisonjas pretéritas, entretenido con la preparación de las futuras, a pesar de lo cual cercan al periodismo instancias universales de los de arriba y de los de abajo, de los poderosos y de los míseros, de los cegados por cuanto resplandece y de cuantos están afligidos por la necesidad; ahora bien, de ninguno aguarde recompensa, y aun recibiéndola no recuse, por mala, cualquier moneda que le entreguen, pues tratándose de favores indebidamente recibidos, la ingratitud tiene sabor de injusticia, y la culpa del que no los estima la absuelve el pecado de quien los otorga.

II

El periodismo es cosa moderna, pese a todas las conjeturas fraguadas con el fin de hallarle rancio abolengo. La curiosidad nace con los hombres, y no es, por lo mismo, extraño deducir que mediante recursos rudimentarios se supliera en otras edades, función que en la presente realiza el periódico. Pero el formado, con vida propia, es de ayer como quien dice; le anunciaron muchas veces, conatos individuales, tentativas deshechas al iniciarse. De ello dan testimonio los avisos y cartas que con intermitencias vieron, la luz durante el siglo XVI en varios países. En el nuestro también existieron, y puede certificarlo la hoja voladora de que habló Menéndez y Pelayo. Italia, en nombre de tales publicaciones, reclama el honor de haber sido cuna del periodismo y recuerda la Bula de Pío V, publicada en 1572, imponiendo graves penas a los gaceteros, lo cual revela que sin formarse el órgano, ni constituirse la función, ya se apercibía fuerza capaz de estorbarles. Alemania invoca a sus maestros de correos

y las relaciones impresas que se vendían en las ferias; en París Juan Richer redactó desde 1605, el *Mercure Francais*, primero de tal nombre; cierto librero de Francfort fundó un semanario 1609, y sucesivamente fueron apareciendo otros, en Inglaterra, en (1619), Francia (1631), Holanda, (1639), Italia (1648) y Bélgica (1643). De nosotros se ha querido hacer tabla rasa, al escribir la historia del periodismo. Se acusa de retrasado al español, diciendo: «Antes de la Revolución de 1820, sólo había en Madrid una *Gaceta* oficial, poco verídica», afirmación verdaderamente calumniosa.

España empleó con diligencia insuperable sus prensas anunciando al orbe el descubrimiento del Nuevo Mundo y la rendición de Granada. Seguramente que para cada pliego de los publicados en distintos países durante los siglos XVI y XVII, los españoles pueden exhibir varios, ya que nunca desatendimos los intereses espirituales amparados por la Imprenta, y primero que en Londres, Viena, Lisboa, Berlín y Edimburgo, se publicaron libros en Sevilla, Barcelona y Zaragoza. Tuvo Valencia la primer imprenta establecida en territorio español (1474) y dicha ciudad, como las citadas, utilizaron máquinas de imprimir antes que las extranjeras. ¿Por qué allanarnos a la infidelidad de referencias engañosas? Frecuentemente se nos tacha de pueblo remolón, que camina a la zaga del progreso, cuando nuestro mayor delito es el de nacer propensos al desvío para cuanto nos pertenece y a la exaltación desmedida de lo ajeno.

En nuestras regiones asomó el periodismo, a la vez que el registrado en las principales ciudades de la tierra, como lo acreditan entre otros, *El Diario de Barcelona*, el famoso *Brusi*, *El Correo de Aragón*, *Gacetilla Curiosa o Semanario Granadino*, *Diario Pinciano*, *Diario de Valencia*, *Correo de Valencia*, *Diario de Murcia*, *Diario Histórico y Político*, de Sevilla, *El Semanario*, de Salamanca, *Diario de Artes, Literatura y Ciencias*, de Vitoria, *El Argonauta Español* y *El Diario Gaditano*.

Entre los pueblos que primeramente tuvieron *Gaceta*, aparecen Suecia, donde se publicó en 1644, y Holanda (1656). De nosotros se dijo que íbamos en tercer lugar, siguiéndonos Londres, con la fecha de 1665; pues bien, Pérez de Guzmán en su *Bosquejo Histórico*, ha demostrado que la de Madrid empezó en 1621, y este detalle, las notas y estudios publicados e inéditos del ilustre escritor a quien acabo de citar, el libro de *Hartzembusch*, los artículos, monografías y obras completas referentes a la cuestión, revelan que sólo con desprecio de la verdad, puede afirmarse que no asistiéramos a los albores del periodismo.

Asistimos, sí; larga es la lista de nuestras publicaciones periódicas durante el siglo XVIII, adivinándose en muchas de ellas el intento de romper el cerco que las oprimía. Con los primeros periódicos españoles surgen el escrúpulo que les atisba, la desconfianza que les acompaña, la intromisión que les sujeta. Antes de permitirles la luz pública, les revisan con detenimiento, les registran con saña, y así nacen, sumadas a sus naturales flaquezas, las que engendran los temores.

Durante aquellos tiempos estremecíanse las entrañas del mundo con sacudidas revolucionarias. Todos los pueblos, antes o después, sintieron las convulsiones, y todos procuraron evitarlas, sin comprender que eran irremediables. Un siglo estuvimos extremando la policía para que el mal no nos atacara; el periódico, reciennacido, infundía suspicacias, que no justificaron sus primeros pasos, inciertos, vacilantes. Corría poco, y lo poco que corría lo empleaba en fines meticulosos. Afán por los estudios científicos, con especialidad de Medicina; afán por los libros que no podían representar riesgo, pues se expurgaban previamente; afán por la literatura exenta de temeridades, y por la filosofía libre de escalamientos a las cumbres, donde acecha el vértigo; afán por triquiñuelas, menudencias y fruslerías.

El Diario de los literatos de España—primero en nacer—fué uno de los que más lustre dieron a su tiempo, y bastantes inge-

nios, de cuantos contribuían a componerle, recataban sus nombres, considerándose la del periodismo, además de arriesgada, función subalterna, «casi mecánica», decía Iriarte, según refiere Cotarelo. Se menospreciaban—es verdad—las tareas del noticiero, del que llenaba los papeles, y éstos hallábanse destinados al relato de sucesos y crítica de publicaciones, estando sus escritores tan faltos de asuntos, que uno ofrecía «la suma de diez reales al que comunicase un artículo, o discurso, sobre asuntos eruditos o curiosos».

Sin embargo, muchos literatos rondaron entonces a la Prensa, dedicándole sus primores, aprovechándola también para desahogo de rencillas y malquerencias, interviniendo en sus trabajos Cadalso, Moratín, Meléndez Valdés, los Iriarte, Alvarez Cienfuegos, Alvarez Guerra, Nicasio Gallego, Badía, Clemencín, y hasta Comella, que también la impuso sus pecadoras manos. Entre los que resaltaron por teson, perseverancia y aptitudes especiales, baste citar a don Francisco María Nifo, que brilló con diferentes nombres, fundando el primer diario y otras publicaciones hasta diez y siete, nada menos, interesantísimas, dados los tiempos, y anunciadas con términos extravagantes, como por ejemplo: «Montón de cosas buenas, mejores y medianas, útiles, graciosas y modestas, para ahuyentar el ocio sin las rigideces del trabajo, antes bien, a caricias del gusto.»

El que frecuentemente anduviesen entre publicaciones periódicas, vivas o en pretensión, médicos, matemáticos, historiadores, naturalistas y filósofos, revela que a la sazón tuvo el periodismo por principal carácter el de difundir la cultura, sin propósitos de que se estimularan en nuestras tierras escenas desarrolladas al otro lado del Pirineo, no obstante lo cual, el espíritu político saltó de vez en cuando por los papeles, ganoso de tener coyuntura para manifestarse; saltó para esconderse pronto, rehuyendo amenazas y castigos.

No había entonces redacciones de periódicos; eran éstos, por

lo común, obra de un solo autor, secundado a veces por un par de amigos, y no obstante, Juan Pablo Forner habló de «*turba-multa de papelistas, periodistas, discursistas y traduccionistas.*» Menudeaban las hojas en serie para la crítica de obras, relatos de costumbres o sucesos del momento, y procurábase sembrar la desconfianza entre los lectores, provocando defensas como la que hizo el P. Feijóo, «En orden a este artificio político de las gacetas —dijo—, menos padece la credulidad de España que la de otras naciones, porque estoy en la fe de que no hay gacetas más verídicas y acaso ni aun tanto como las de Madrid.» Bien que el mismo insigne benedictino, disculpando excesos posibles en la pluma de los narradores, exclamó: «¡Qué gacetas tan tristes y descarnadas tendríamos si sólo se nos diese a leer en ellas aquellas pocas especies, cuya verdad puede confiar quien la escribe!»

En suma, que nuestro periodismo en el siglo XVIII, sólo tuvo esbozos, promesas, intentos; acudieron a él escritores que se dejaron en la zarzas de la censura y los impedimentos oficiales toda la lana con que pensaban formar sus telas, y al fin quedó reducido a rasgos intermitentes, que apenas perturbaron la monotonía de la totalidad.

III

Seguía, al empezar el siglo XIX, confuso, desmedrado, sin rasgos concluyentes, sin substancia; remedando la forma, pero faltándole vitalidad. Son de veras periódicos cuando emocionan; si sus planas aparecen inexpresivas, no levantan en el espíritu del lector ráfagas de curiosidad, vientos de interés, tempestades de pasión, carecen del atractivo misterioso que puede infundirles aliento.

Serán los mejores periódicos, aquéllos que encuentren las pa-

labras más adecuadas, los conceptos más impregnados de realidad, los que más fielmente retraten sucesos del mundo, para que su contemplación sirva de guía, estímulo, freno o esperanza. Quienes leen periódicos no se sustraen jamás a su influjo e intervienen en los distintos casos que examinan, siendo legisladores, jueces o gobernantes, según la naturaleza de los hechos que les han impresionado, todo por la fuerza avasalladora de la letra de molde, que al llegar al cerebro es idea; sentimiento, al tocar en el corazón, y acto ejecutivo, cuando sirve a una voluntad vigorosa. Nuestra Prensa no perdió su desmayo al cambiar el siglo, continuando los ocho primeros años del décimonono como en el anterior: sin enjundia ni brío, y claro que sin libertad. Resbalaban por ella las ideas, las escasas ideas que solían visitarla, sin permitirse la más leve licencia, sin caer en la menor desenvoltura. La operación por la cual un parecer ajeno se trueca en propio con sólo pasar desde el papel donde está escrito a los ojos que le contemplan, no tuvo grandes motivos para manifestarse en aquellos tiempos de tanteo e incertidumbre, sin sacudidas ni explosiones, que nadie podia vaticinar.

Sin embargo, la explosión llegó; fué en 1808 y en ella anduvieron mezcladas excelsitudes del patriotismo y perfidias políticas; lo más noble y lo más ruín de las luchas públicas. Las exteriorizaron los periódicos demostrando que existía ansia de recorrer regiones intelectuales, por muchos adivinadas y de poquísimos conocidas, deseo de respirar atmósferas exaltadoras, secreto afán de internarse por caminos hasta entonces vedados, de escalar cimas que la intransigencia decretó como inaccesibles.

Desde la segunda mitad del año 1808 y hasta mediar el 1814, surgieron variadísimas publicaciones periódicas, en medio de confusión extraordinaria; representando esfuerzos personales aislados, no colectivos; dijérase que todo el mundo apetecía desquite de perennes silencios; a cada momento sonaban los títulos de diarios nuevos; unos para sucumbir apenas nacidos, otros

para arrastrarse lánguidamente, pordioseando el favor de la multitud, resaltando en todos pasión, pero sin opiniones fundamentales, criterios serenos, actitudes que reflejaran plenitud de conciencia.

La Prensa de aquel período fué la turbulenta que le correspondía; tiempo de héroes, de rasgos, de sacrificios, no pudieron predominar en él ni estudios ni reflexiones. Hallábase en el máximo hervor de los arrebatos líricos; no exponía solemnemente doctrinas, sino que dictaba impresiones, como si fuesen órdenes, mezclando noticias con azuzamientos, ruegos con latigazos, informes con alarmas, y, sobre prosa febril, un poco incoherente, traslucíanse a menudo sutilezas del genio satírico, definidor, con remoquetes, agudezas y donaires de hombres y hechos entonces conocidísimos.

El alzamiento popular, acometido en Madrid; la sacudida que tuvo su apogeo en las Cortes de Cádiz; la guerra, que no era lucha, sino virtud; la política, en que corretearon como amantes felices el candor y la impetuosidad, nutrieron la Prensa de aquellos años, devorados estruendosamente por nuestra Historia. Entonces apareció el periódico político, lleno de arranque, de gallardía, un poco altivo, un mucho jactancioso y siempre desinteresado y acometedor. Por su esfuerzo se llenó España de papeles públicos, saltando de la penuria a la abundancia; menudearon en nuestra tierra, como si de ella brotasen, y los hubo de todos los matices, predominando el encendido. Acudían presurosos los escritores al alarde, y las hojas diarias donde mostraron impulsos patrióticos y pasiones de la política, cubríanse con sugestiva pompa literaria. Aquellos publicistas desenfadados, capaces de sorprender todos los misterios, de llamar en todas las puertas, de recurrir a todas las interrogaciones, no fueron chusma, sino gente de pulido entendimiento; artistas de vocación, inquietos, soñadores, dignos de confiar los conceptos más atrevidos, las frases más iracundas, a la noble compañía y guarda eficaz del ingenio.

Tratándose de empeños dirigidos por el egoísmo, ¡qué poco propicios están los hombres de pluma para intervenir, y, en cambio, qué resueltos cuando la ilusión recoge a los capaces de secundarla! Así en España iniciaron la Prensa política oradores y poetas, no con afanes vengativos o codiciosos, sino buscando la inversión de caudales destinados a las magnificencias del Arte.

De todos los periódicos de entonces, el de más intensa vibración fué *El Semanario Patriótico*, obra de Quintana; tuvo sus alientos, su generosidad, ardores de caudillo y sutilezas de propagandista, que a un tiempo reñía y exhortaba, era predicador y soldado. No fué su tarea de pura idealidad, sino de exaltación, y se sumaron a ella convencimientos nutridos con razones y quimeras hostigadas por la sed de gloria. *El Semanario Patriótico*, siguiendo el curso de los sucesos, vivió en Madrid bajo el cuidado de Quintana y Alvarez Guerra, hasta que en Marzo de 1809 le obligaron a refugiarse en Sevilla, asistido por Lista y Blanco. Desde la ciudad del Betis pásó a Cádiz con Antillón y Tapia, mostrando en todas partes afanes certeros de proselitismo. *El Conciso* obtuvo también acogida vehemente, como *El Robespierre Español, El Redactor General, El Tribuno Español, El Telégrafo Americano, El Duende de los Cafés*, y mil publicaciones gaditanas que, junto a las madrileñas y las de Sevilla, formaron hueste acaparadora del movimiento reformador.

No estaban ociosos sus opositores, pues ciertas entidades tienen la virtud de servir con análogo ahinco a quien las ensalza, que a quien las escarnecen. Dando cara a los periódicos de tinte avanzado, figuraron para contradecirles *El Procurador General de la Nación y del Rey, El Centinela de la Patria, El Censor General*, y otros, ocurriendo que en las polémicas suscitadas entre los dos bandos, pocas veces se olvidaron las razones para acudir a los denuestos.

Fundábanse periódicos sin otros medios que los puramente personales, y así hubo tantos, tan variados y efímeros. No eran

esperanza de negocio, porque aún los más celebrados apenas se vendían; pero les incitaba la conquista de la opinión, estímulo el más fuerte de la tierra, pues turba el sosiego de los hombres, cualesquiera que sea su calidad, y les encamina por el desfiladero de las ambiciones.

El periodismo político español, que naciera en 1808, quedó vencido en 1814. Las imprentas no alimentaron entonces la voracidad pública con resmas de papel impreso y se produjo un silencio siniestro, apenas interrumpido por recelos y medrosidades. Desde la excitación continua, pasamos a la pasividad absoluta y no hubo alborotadores, porque todos se hicieron hipócritas.

La flor de nuestros literatos pudo guarecerse en el extranjero, robusteciendo su educación ciudadana, para emplearla, en llegando la ocasión del retorno victorioso. Ocurrido éste, volvimos a los acontecimientos pasados, y en 1820 los periódicos rompieron a hablar de nuevo, resucitando muchos de los suprimidos, que con los flamantes, lanzáronse a la tarea de enardecer a las muchedumbres. En esta nueva etapa del periodismo, se vió desde luego el aumento de su influjo, y además, que eran mayores el ímpetu de sus notas y la virulencia de sus ataques.

En los años revueltos de 1820 a 1823, nadie quiso someterse a la conveniencia común, desatándose con furia los particularismos. La Prensa desordenada, nerviosa, estridente, tuvo aciertos aislados; vivían en ella entendimientos esclarecidos, caracteres nobles, pero sin la ligazón de un interés supremo. Cuando leemos las listas de quienes redactaron aquellos periódicos, nos descubrimos muchas veces con respeto ante la evocación de nombres que iluminaron la tribuna, la Historia, la poesía, dejando con el paso de sus vidas rastros inmortales.

Pero aquella obra suya no correspondió ni al momento, ni a la calidad de sus realizadores. Fué un motín de letras de imprenta, lanzadas al combate por la indignación, la ira y las ofus-

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

caciones; el plomo destinado a exhortar y esclarecer, tuvo empleo agresivo, y las planas compuestas muchas veces con fervor artístico y propósitos nobles, solían quedar borradas por el tumulto. Aún no cuajaba el periodismo efectivo, amplio, consistente, recio; aún parecía instrumento de disputa, olvidando con el acaloramiento, que estaba dispuesto para el estudio de grandes problemas. Se impusieron al noble examen, la resolución fogosa; al juicio severo, el parecer desordenado, predominando el grito sobre el consejo, el apóstrofe sobre la opinión, los ataques sobre las razones.

Después retrocedimos de nuevo tornando a la quietud forzosa, y los periódicos volvieron a callar, obedientes a la imposición que les sometía; sólo hablaban algunos como en testimonio de la grave dolencia por los demás padecida; hubo silencio, no el de la paz, lleno de esperanzas, sino el despótico que empuja a los desquites; bendito el uno, porque habla de reposo reparador y anima para las fecundas labores del mañana; maldito el otro, pues en vez de aplacar, exacerba y extravía las inquietudes espirituales.

IV

Con la Reina Cristina, vinieron desde Nápoles las templanzas, y a la vez que el reinado de Fernando VII, acabaron por aquel momento las pesadumbres públicas. La mayor fuerza de tal transformación estuvo en los periódicos, que aliviados de sus viejas manías, en vez de agentes de contiendas menudas, quisieron serlo de opiniones sólidas. Las diversas ideas políticas, los distintos propósitos sociales convirtieron a los diarios en banderas, en ejércitos a las redacciones, y asomó la Prensa con caracteres de tal, aleccionada por las enseñanzas del destierro y dirigida por ansias de renovación.

Hasta entonces se formaron las periódicos en la casa, para tentar fortuna en la calle; a partir de aquel momento, se formarían en la calle para llevar criterio a la casa. Las palpitaciones mundanas iban a metamorfosearse en ideas, sus actos en fuerza, los sucesos que las agitaran en expresivas actitudes, adquiriendo las hojas volanderas con la organización, vitalidad para un nuevo poder, no vinculado en instituciones definidas, sino disuelto en la substancia de todas. Aparecía el periodismo con atisbos propios y el intento de ser voz de los callados, gesto de los inexpresivos, protesta de cuantos hasta entonces, ofreciendo sus espaldas al rebenque, sometíanse a la fatalidad.

El Semanario Pintoresco Español, describió en 1839 un periódico de la época, encomiando el servicio que prestaba a los lectores. «Los unos le piden noticias de la guerra, otros de los Tribunales, Bellas Artes y Literatura; cuáles de comercio, ciencias y teatros; cuáles de robos, incendios, asesinatos y otros accidentes, y el activo periódico, que de todo se ha informado en su obsequio, responde a todas sus muchas y diversas preguntas. Ya están, pues, gracias a su diligencia, al corriente de lo político, literario e industrial del día, y en estado de satisfacer la curiosidad de los que les dirijan la indispensable pregunta de ¿qué hay de nuevo? Ya están surtidos de materia de conversación para todo el día y formada su opinión para poder lucir después, en la calle de la Montera o en el Prado, en la tertulia o en el café.»

Aunque esencialmente tengan semejanza, han variado sus salas de redacción. Aquella de antaño reproducida por el articulista de 1837, se nos aparece modesta, como lo fueron cuantas existían casi hasta el final del siglo XIX. «No tiene a su alrededor—dijo *El Semanario*—ninguna guarda ni fuerza ostensible. Uno o dos mozos están en una especie de antesala de sencilla apariencia, pues los periódicos más acreditados, nada exigen del lujo moderno. Luego está la sala, cuyo mueble principal es una

gran mesa con tapete verde, más o menos emborronado de tinta. Penden de las paredes algunos mapas. Sobre algunos estantes se ven cartones rotulados y unos cuantos libros, que, desde luego, se adivina que son diccionarios, anuncios, colecciones de periódicos y otras obras de estudio y de gabinete.»

Así eran, así fueron, las redacciones, cuando desde ellas se imprimía dirección al régimen, interviniendo en sus acuerdos y poderes, desde el soberano, fijo, hasta el cambiado por su aparente voluntad. No requerían ostentaciones; su fuerza estaba en el vigor de las inteligencias, en la perspicacia, en el tino con que se utilizaran. Algunos periódicos de entonces acudieron a progresos tipográficos, para sustituir a los rutinarios procedimientos en uso. *El Español*, que fundara Borrego, en esto como en otras muchas cosas, fué propulsor extraordinario de la Prensa. Pero la importancia no estaba en el aparato exterior, las máquinas, los elementos materiales, sino en los redactores. Cualquier periódico de aquella fecha, estuvo definido en un grupo de hombres; lo que alcanzaran sus luces, sus arrestos, constituía la fortuna del diario. Si en los de entonces todo lo podía el alma ¿qué importaban ruindades del cuerpo? El papel y la impresión medianos, cuando no malos, y los recursos editoriales deficientes, pobrísimos, suplíanse con la pericia de los escritores. Aunque la letra matase, el espíritu vivificaba.

Había en las redacciones la cohesión indefinible, pero segura que, como en ninguna otra empresa, une al que trabaja con el lugar donde consume su esfuerzo; en las galeras del periodismo todos los remeros sentían amor por el duro banco. No estaba el toque en los sueldos—bastantes veces no los hubo—, sino en las retribuciones morales. El crédito, la fama, el triunfo, repartíanse, guardando las proporciones entre quienes les conquistaban, desde el Director hasta el menos visible de los gacetilleros, considerándose todos con derecho a las ganancias. Verdad que se reparten mejor y más deprisa las espirituales que las de metálico, pero

verdad también que las cuentas en dinero se saldan con una cantidad, y las otras, como tocan al alma, difícilmente finiquitan, salvo quiebra por desventura o por ingratitud.

Queda dicho que las redacciones a que me refiero sentíanse ligadas por vínculos fraternales que durante mucho tiempo fueron núcleo de la vida pública española. No eran numerosas, porque tampoco lo eran las materias que habían de tratar. «Cuatro o cinco laboriosos escritores», puso en su artículo el del *Semanario Pintoresco*. Más había en periódicos importantes, pero sin exceso, y por supuesto, sin dejarse llamar oficinistas. ¿Quién fundadamente quiso que una redacción fuera oficina en el sentido burocrático de la palabra? Los periodistas trabajaban en mesa común, interrumpiendo alternativamente la tarea con manifestaciones espontáneas o solicitadas, rápidas unas veces, otras largas y hasta provocadoras de controversias. Antes de saltar al papel las noticias o los informes, surgían de improviso las interrogaciones entre los entregados al trabajo, y como si cada pluma estuviese relacionada con las próximas y de ellas dependiese, detenía se de vez en cuando para seguir el paso uniforme de todas. La tarea así verificada, no podía confundirse con la del solitario examinador de un expediente, para resolverle conforme a prácticas consuetudinarias, en medio de absoluto silencio, impuesto, sin duda, con el fin de que el ruido no espantase a las fórmulas habituales.

Los directores de periódicos eran comunmente hombres públicos, ganosos de que su banderín prosperara. A su lado ejercitábanse los especializados en diversos asuntos, recogiendo uno los extranjeros, vistos en diarios de sus respectivos países, porque aún no se contaba con los informes telegráficos; otros, los de la política interior, materia ardua en aquellos tiempos, siempre acosados por la incertidumbre; aquél de las provincias, cuanto pudiera interesar en la Corte, y éste, después de escucharlos en la Audiencia, los lances con que se desenvolvían las vistas de pro-

cesos. El taquígrafo acoplaba las notas de las sesiones parlamentarias, y como instante solemne de cada número aparecía el artículo de fondo, imprescindible, aunque no le sugirieran los asuntos del día, ni fuesen políticas las preocupaciones del momento. La primera columna de la primera plana había de cubrirse con renglones, faltos a veces, muchas veces, del calor que sólo pone la realidad en el entendimiento, con prosa llena de ampulosidades, demasiado rotunda, excesivamente sonora.

La Prensa apenas se enteraba de los sucesos de la calle; los que hoy ocupan planas enteras, satisfacíanse entonces con cinco líneas, sobrándoles espacio; para las diversiones eran también sobrias las referencias; la crítica de teatros concluía con un par de párrafos en cada estreno, y sólo al repicar gordo poníase una columna a la disposición de un drama; los comediantes ayunaban de elogios, sin que ni ellos ni nadie advirtiese, como en los tiempos posteriores, que en ciencias y artes, en lo trascendental y en lo ligero, abundaran tanto las famas, sin duda porque entonces los genios no eran todavía legión.

El periodismo empezó a reinar de veras en aquella época; iba a todas partes por su pie con impaciencias juveniles, pero sin caídas peligrosas; emprendiendo la etapa más arriesgada, no la de más positivos resultados, y pudo jactarse de contribuir al apogeo de España.

En el espacio de 1833 a 1840, la Prensa española resume toda su intelectualidad; figuran en ella los poetas Espronceda y Zorrilla; los dramaturgos Duque de Rivas, Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega; brilla en tan solemnes instantes el inmortal *Fígaro*, cerca de él aparece Mesonero Romanos; los secunda Estébanez Calderón; invaden entonces las redacciones con estruendo político, Alcalá Galiano, el Marqués de Molins, Ríos Rosas, Pacheco, Joaquín M. López, Bravo Murillo, González Bravo, Borrego, y muchos más, no tan resonantes, pero con influjo positivo en el pensamiento nacional, que buscaron los res-

plandores de la publicidad para resarcirse de negruras impuestas por un régimen vituperable.

V

Desde 1840 a 1868, siguen las convulsiones de nuestra Historia, y el periodismo español cunde y penetra en las entrañas de la Sociedad, estremeciéndolas con afanes fecundos. Los mayores esfuerzos de la Prensa de entonces son políticos, pero no únicos. Apenas hay inquietud espiritual, apenas si hay Ciencia, Arte, profesión u oficio que no reclamen su apoyo; se ve requerida por aspiraciones contradictorias, intereses opuestos, anhelos en pugna, y todos la llaman con imperio, deseosos de que sean sus ayes los más pronto escuchados y sus necesidades las que se remedien con más prisa.

Hombres de distintas opiniones convierten a los periódicos en piedras fundamentales de sus partidos, y los crean para ganar correligionarios, no dinero; manteniéndolos por fe, no por lucro. Van a ellos, en montón, convencimientos y extravíos, ideas e impulsos, razones e iras; pero sin los taimados propósitos de la codicia y sin las maniobras del dolo. A veces pasan por sus hojas, como vendavales, unos días la injusticia, otros la exasperación, frecuentemente el yerro; pero jamás las traiciones que buscan dádiva, ni la doblez que exige tributo.

Los tiempos no eran de cálculo, de astucia, de añagazas; al revés, por ellos establecieron: el ímpetu, actitudes; la improvisación, sentencias, y criterio los prejuicios. Pendían los periódicos de los trastornos políticos, siendo sus constantes prisioneros. Lo permitido en una hora se ahogaba en la siguiente; sin amortiguarse los clamores triunfales por un jefe victorioso, percibíase el anuncio de su caída, y en el flujo y reflujo de los cambios mi-

nisteriales, los papeles públicos flotaban unas veces y se sumergían otras, azotados siempre por la arbitrariedad.

A pesar de lo cual, con eclipses, trastornos y violencias, tuvo entonces la Prensa extraordinario poder. Se saltaba de sus redacciones a las jefaturas de Gobiernos; con sus elementos nutríase cuanto en España era considerable. Los ministros de la víspera apoderábanse de las cuartillas abandonadas por los del día siguiente, suspendiendo la tarea de redactar decretos, para escribir artículos, acercándose a todos, caídos o en exaltación, jóvenes ambiciosos de gloria literaria. El poeta inédito, el dramaturgo sin fama, el novelista desconocido, sólo llamando a las puertas de los periódicos lograban que se les escuchase. Antes, o al mismo tiempo de oir leer los versos célebres, los dramas aplaudidos, las novelas interesantes, los libros buenos, adquirían sus autores renombre, en las cláusulas ceremoniosas de los editoriales, en los párrafos sugestivos de las crónicas, en las intencionadas alusiones de los sueltos, en las agudezas de la gacetilla. El periodismo fué escalera por la cual se ascendía, desde el anónimo, al aplauso, a la fama, sin que el elevado casi nunca advirtiese, ni agradeciera, el origen de su encumbramiento.

Hubo excelentes diarios, ahora arrinconados por el olvido, pero que proporcionan, si se exhuman, verdadero deleite. De la prosa muerta, voló la pasión, su alma; pero los restos aún despiden la fragancia del talento. En ellos resplandecen el ingenio, el donaire, noble desenvoltura, sin dejar espacio libre ni a la perfidia, ni al engaño, ni a la grosería.

Los principales periódicos no fueron verdura de las eras; aún subsisten algunos, certificando la bondad de su naturaleza. Enumerarlos todos no es fácil; hay en la lista tantos títulos sugestivos, que aun reduciéndola a mínimos términos, se pueden cometer, evocándola, olvidos deplorables. Citaré, sin embargo, algunos nombres: *El Espectador,* representa ocho años de luchas porfiadas, en las que resalta Miguel Agustín Príncipe; *El Pabe-*

llón Español, estuvo dirigido por D. Pedro Mata, médico, político, orador de altos vuelos; *La Cruz,* por quien antes que cardenal fué periodista, el insigne Monescillo; *El Heraldo,* fundado por el Conde de San Luis, gozó casi tres lustros de publicidad, magnífica para su época; *El Sol,* con Ríos Rosas, secundado entre otros, por Pastor Díaz y el poeta Tassara, tuvo el apoyo material del Duque de Riánsares; en *El Faro* resaltaron Mon y Pidal; fué *La Esperanza,* tribuna de La Hoz, al mismo tiempo casi que alzábase *La España,* dirigida por D. Pedro Egaña con el concurso de escritores tan justamente famosos como D. Francisco Navarro Villoslada y D. Ceferino Suárez Bravo.

En 1849, surge *La Epoca* y de su historia nada hay que referir, porque continúa pujante para honor de quienes la iniciaron; brillan en ella Coello y Escobar, con Navarrete, Madrazo, Antonio Flores, Alarcón, Maldonado Macanaz, Amós Escalante, Castro y Serrano, Navarro Rodrigo y Pérez de Guzmán, con quien aún contamos, y por muchos años sea, para testimonio de lo que pudo su generación resuelta e iluminada.

Las hojas autógrafas de Santa Ana aparecieron por entonces, transformándose luego en *La Correspondencia de España,* que imprime a nuestra Prensa sello característico y aliento extraordinario; *Las Novedades,* durante veinte años, recluta a hombres eminentes, congregados por Angel Fernández de los Ríos, prestigio, no sólo de la inteligencia, sino de la bondad y del tesón. Fueron con él plumas como las de Montemar, Picatoste, Barbieri, maestro del pentágrama y de la prosa, Pío Gullón y Pérez Galdós, que antes de partir a las tierras recorridas por su genio presentó en los periódicos gloriosas credenciales.

En *La Europa* anduvieron juntos Martínez Villergas y Roberto Robert; en *El Diario Español,* Rancés, los López Roberts, Bugallal y Lorenzana, articulista capaz de amargar con sus trabajos las dulzuras de Gobiernos despóticos. Después de mostrarse en *El Tribuno,* Cristino Martos, fundóse *La Iberia* por Calvo Asen-

sio, teniendo como secundadores, a Sagasta, Ruiz de Aguilera, Carlos Rubio y Núñez de Arce, hablando sólo de algunos que corresponden a los primeros tiempos, emulados con brillantez en los sucesivos.

En aquél asoman asimismo, *La Soberanía Nacional*, dirigida por Sixto Cámara; *La Voz del Pueblo*, de Roque Barcia; *La Discusión*, de Rivero, con el apoyo de Pi y Margall, Emilio Castelar, fundador después de *La Democracia*; Eusebio Blasco, Manuel del Palacio, Estanislao Figueras, Nemesio Fernández Cuesta y Marcos Zapata.

El Estado, tuvo por título un periódico que dirigieron Campoamor y Severo Catalina, trabajando en él como redactores Carlos Frontaura y Narciso Serra. Por *El Reino*, diario liberal pasó D. Francisco Giner de los Ríos y en *El Pensamiento Español*, estuvieron D. Gabino Tejado con Ortí y Lara y Valentín Gómez. En *La Verdad*, luce su entedimiento Federico Balart y en *El Contemporáneo*, gobernado por Albareda, ingenios tan esclarecidos como los de D. Juan Valera y Gustavo Adolfo Bécquer; tan sagaces, como el de Correa, y políticos del fuste de Fabié y Ferreras. Allá hacia el 1867, Eduardo Gasset y Artime fundó *El Imparcial*, asistido por periodistas que se llamaron José Echegaray, Fernández Flores, Araus y Castro Blanc, y en las postrimerías del revuelto período, D. Cándido Nocedal crea *La Constancia*, donde escribieron, entre otros, su hijo Ramón y Selgas.

En la enumeración de aquellos periódicos faltan bastantes nombres; recuerdo los de Lafuente y Ayala, que en el *Fray Gerundio* y *El Padre Cobos*, demostraron sus aptitudes sobresalientes, dominando igual los empeños trascendentales que los frívolos; también faltan los de quienes como Salmerón, Cánovas, Pereda y otros de parecido linaje, enaltecían el foro, la tribuna, el Arte, abriendo surcos en la Historia, para dejar en ellos alarde perenne de su grandeza.

Y todo sin que los recursos pecuniarios secundasen el es-

fuerzo del espíritu. Se tiraban los periódicos en máquinas planas sencillas, movidas a mano, lo cual quiere decir que apenas trascendían. Cualquiera de ahora cunde más que los de antaño, pero la fuerza sugestiva de los pasados, fué infinitamente mayor que la de los actuales. Los lectores eran creyentes a macha martillo, devorando las páginas del papel de su gusto, para apropiarse con devoción pensamientos e inclinaciones, sintiéndose, según el carácter del trabajo puesto ante sus ojos, reflexivos unas veces; otras, iracundos; cuándo, transigentes; cuándo, irreductibles, siempre decididos a intervenir, porque en tal fecha nadie paseaba por la tierra contemplándola frío, desdeñoso, sin rendirse a otros estímulos que los del beneficio personal inmediato y las ambiciones egoístas. El escritor llenaba hojas, persuadido de que iban a leerse renglón por renglón y para esquivar recelos, no sólo era cauto, sino además diestro, con el fin de que la habilidad, más aguda cuanto más hostigada, burlase las represiones, cuanto más injustas, más ciegas.

Un diario era para su favorecedor amigo y consejero, representando cada número una voluntad adscrita a un grupo, con resolución y firmeza. Metíanse en el alma las ideas y los sentimientos de los periodistas, y sus frases empujaban a veces a los combates, no metafóricos, sino reales, donde silban las balas y se entregan la sangre y la vida.

Sintiéndose estrechamente ligados a su periódico, los lectores le auxiliaban con lo que fuese necesario: dinero, apoyo, sacrificio, pagando así generosamente el favor de las opiniones recibidas, en cambio espiritual que parece quimérico y hasta digno de lástima, ahora, cuando no suele haber generosidades espontáneas, ni esfuerzos sin razón, ni alarde que no piense en su correspondiente ventaja, ni rasgo que no busque recompensa.

En provecho de los demás y con noble renunciamiento de si mismo, reñían los fuertes y los débiles, los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres, quienes deseaban avances o re-

trocesos, poniendo la mirada en la altura, convencidos de que los ideales son la única fuerza enaltecedora del mundo y que quien ni los busca ni siente su necesidad, anda más cerca de la bestia que del ser humano.

En aquella época de 1840 a 1868, se encauzaron las corrientes dispersas de nuestra vida, multiplicándose su poder, fructuosamente difundido. El pesamiento, antes tímido, avanzó, resuelto; las conciencias se desentumecieron, tendiendo las ideas el vuelo, con ansias de espacio y de luz. Fué todo obra casi exclusiva de las hojas volanderas, donde a la vez que exaltaciones políticas, recogieron las gentes señales de la transformación de un pueblo que, por la magia del trabajo, arrancábaselos harapos sustituyéndoles con limpias vestiduras.

Hasta entonces no había logrado el periodismo verdadera prosperidad; se extendió por toda España y apenas hubo población, digna de tal nombre, que no le acogiese satisfecha; menudearon, no sólo las publicaciones diarias, sino las semanales de toda índole; revistas científicas y frívolas; de asuntos técnicos y de puro entretenimiento. Abundó lo satírico, porque las burlas. suelen ser más escuchadas que las razones; pero con bromas o con veras, al acrecentarse la vida, tuvo la imprenta el orgullo de su obra, mediante la cual, trocáronse los caracteres de plomo en agentes misteriosos que iban despertando en el alma nacional ansias por saber y dulces transportes de sentimentalismo.

VI

Culminaron tales afanes al hundirse el trono de Doña Isabel II y fué tan formidable la detonación, que aún conserva repercusiones débiles, pero capaces de traducir, por los ecos, su primitiva intensidad. Los periódicos, sin ligaduras, sin estorbos, moviéronse

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

a su antojo, centuplicando en el nuevo ambiente su brío, y hubo periodistas de todas clases, con larga historia e improvisados, sesudos, que llevaban en los rostros señal de los vejámenes pretéritos y juveniles, dispuestos a impedir que se reprodujeran.

Abrió de nuevo su cátedra la exaltación, sin que se cerraran las del pensar tranquilo; multiplicáronse las hojas entusiastas, devoradas por el fuego que encendían, y los diarios extremosos, en los cuales se reunieron «el sueño idílico, el dicterio y la diatriba». Lanzóse la Prensa al postrero de sus alardes románticos, el de más estruendo, reuniendo, desengañados o ilusos, a los españoles más ilustres de su tiempo, en el choque renovador que junta a varias generaciones, para que las antiguas entreguen a las recién llegadas cuantos elementos aprovechables arrastraron, y las recientes abandonen el peso muerto de sus furias.

Hubo orgía de palabras, y en el Parlamento, en la Academia, en la Cátedra, en las reuniones públicas, alzáronse tribunas con sus correspondientes ecos periodísticos. Quien pudo y quien no pudo exteriorizó su parecer, y así como al lado de los discursos, dichos entonces por los más grandes oradores de España, percibióse el balbuceo de audaces sin expresión; junto a párrafos compuestos por quienes honraban a nuestra lengua, descifráronse líneas torpes con apariencias de prosa.

Una vez más—la última—se convirtieron las arengas en artículos, los apóstrofes en gacetillas, mezclando con ello misiones diferentes. Aún vivía la Prensa en pleno proselitismo, menos cuidadosa de interpretar las diversas aspiraciones del pueblo, sus juicios, deseos y necesidades, que las ansias de los partidos políticos. Todos estuvieron representados en aquella ocasión con voces agrias, o melosas, persuasivas o de imperio, amenazadoras o insinuantes, uniéndose el afán demoledor de quienes en el amanecer de la existencia sólo piensan en derribar, y el de cuantos, en plena tarde, quieren construir deprisa lo arrasado, para no encontrarse entre sombras, cuando sólo haya ruinas.

Como el litigio fué universal y nos comunicamos completamente con el mundo, el influjo de la Prensa española se hizo mayor. Antes de 1868, sus progresos eran notorios, pero los entorpecían las circunstancias; después, sin trabas, se engrandecieron, y a la antigua falange de gobernantes conocidos, luchadores célebres, literatos famosos, uniéronse las que salían de las Universidades o del tumulto, sin títulos previos, sin obligaciones anticipadas, sin antecedentes, sin haber hipotecado la voluntad, sangre que recién lanzada por el corazón, aún no había respirado la ponzoña del ambiente. Entonces, con el refuerzo, se plantearon las cuestiones más arduas, los problemas de mayor trascendencia, los asuntos más complicados, y hubo que ensanchar el cauce, del periodismo para que en él cupiese todo el caudal formado, no sólo por las aguas claras de los manantiales, sino por las revueltas del turbión y las cenagosas de la avenida.

Se asomaron a la Prensa cuantos tenían hambre y sed de notoriedad, ganas de desperezarse mentalmente; pero a la vez y por fortuna aparecieron también los entendimientos hasta entonces coartados y los primerizos que iniciaban el vuelo. El hombre de ciencia quería que se le escuchara; el literato que se le oyese; el trivial, que sus fruslerías distrajeran; el impetuoso, que sus arrebatos impresionaran, hablando todos a un tiempo, pero sin algarabía, cada cual a los suyos y conforme a su inclinación. Se empezó a notar que el periódico era chico y los apuros de antaño parecían incomprensibles. En 1840 le costaba trabajo al director de un diario reunir original bastante para cada número, y el de 1870 carecía de espacio para que se insertasen las cuartillas entregadas. Se iba definiendo la condición de la Prensa, a medida que asomaban nuevas manifestaciones de su vitalidad. No tenía dos, veinte, mil extremos; eran innumerables; la expansión los multiplicaba, infundiéndoles vigor. El esqueje era enseguida planta, de súbito la planta se convertía en arbusto, que a su vez y como por ensalmo aparecía árbol firme. La tierra no había dado

flores en mucho tiempo, y volcaba generosa y de pronto sobre sus vestiduras de follaje el vistoso adorno.

El periódico no podía reducirse al modesto rincón antes tolerado; advertido de su importancia, exigía que se reconociera, aunque no se anotasen sus aspiraciones; era otro género el de sus inquietudes. Quería independencia, medios para desenvolver su fuerza e imponerla, no en menesteres localizados, sino en la amplitud correspondiente a su calidad.

Transcurridos los años en que aún predominaron apasionamientos exclusivistas, el periodismo, en parte, no por completo, se puso reflexivo, queriendo desentrañar su genuino carácter, descubrir su íntima condición. ¿Era un fin, o un medio? ¿Arma de lucha, o elemento social? ¿Servía para todos, o solamente para quien le manejase?

Llegaba la hora de que los periódicos no fuesen carteles donde varios hombres estamparan programas definidores de sus miras, sino hojas en que el vivir cotidiano imprimiese sus vicisitudes; sin tener nota exclusiva, tema absorbente, asunto predilecto, desfilaría por sus planas la existencia entera; patética, risueña, triste, alegre, abrumadora o trivial, como la dan los hechos, que, eternamente volubles, lo mismo pintan efigies alentadoras y atractivas, que ceñudas y siniestras.

No se hizo, no podía hacerse la mutación instantánea, como en los escenarios, donde los telones se corren en momentos y con un soplo se transforman en ciudades las campiñas; pero el cambio se verificó y tuvo su origen en el espectáculo contemplado al retirarse la marea revolucionaria. El periodismo continuaría propagando criterios políticos, defendiendo adeptos, pero con el superior propósito de que sus páginas recogiesen en conjunto las vibraciones sociales para que los lectores las apreciaran.

No se había creado como arma que amedrenta, sino como recurso propulsor generalizado; no iba en busca de amigos para protegerles, ni de adversarios para perseguirles; dirigíase a las

muchedumbres en nombre del interés público, que no se detiene en las lindes de la curiosidad; las traspasa, como si quisiera ennoblecer sus oficios, quitándoles cuanto significa entrometimiento, dándoles el afán solidario que les corresponde.

Se exteriorizó la opinión pública, formada con el parecer que precede y sigue al juicio autorizado; las creencias, dispersas, que anticipan, refrendan o contradicen resoluciones de quienes, con derecho, las formulan; el rumor que sin hallarse en palabras escritas, se extiende; la insinuación que en unos trances acusa y en otros ampara; advertencias de las multitudes, sabias sin estar iluminadas por la sabiduría; detalles sueltos, pormenores vagos, algo difuso, antes sumido en corrientes subterráneas y desde la transformación de los periódicos, deslizado a cielo abierto, para que todos siguiesen y estudiaran su curso.

En pie la opinión auténtica, tuvo por medianero al periodismo para fundir en su pensamiento los de cuantos le iluminaran y en su palabra las que percibiese, y así, convertido en colaborador del estudioso, compañero del que investiga, amigo del que corre por el mundo, y sin propósitos de suplantarle la voluntad, sujeto a su misión, la definía en tres verbos: ver, oir y contar.

VII

Al cambiar la cara del mundo, se transformó el periódico; era sombrío, tristón, pesado, grave, y se puso risueño, alegre, sobresaltado, inquieto. Mirando la primera plana de cualquiera de nuestros diarios, se colige su fecha. En los antiguos, dos, tres primeras columnas de prosa cerrada; después, tal cual suelto largo, y en el resto, muy pocas secciones. Ahora, abundancia de títulos; la claridad asomándose entre las líneas, como para animarlas; muchos temas, presentados sin orden; lo substancioso,

junto a lo insignificante; al lado de lo trivial, lo solemne, conforme al mandato del día, enemigo de clases, pues lo mismo prodiga el espacio a sucesos y personas del arroyo, que alude concisamente a quienes alardean de linaje y suposición.

Formábanse antes por principal impulso de quienes los escribían, sin escuchar las voces del mundo; eran fruto de sus deseos, de sus ansias, engendrándose en conciliábulos íntimos, con propósitos deliberados, no con referencias prolijas de cuanto sucediese. El suceso espontáneo apenas trascendía, llenándolo todo el provocado, la vida exterior acababa pronto, no así la interna, y siendo muchas veces delito la publicidad, ¿para qué averiguar nada?; corrieran las murmuraciones y embustes, pero solapadamente, en la quietud corrosiva, que ensalza al reservado, aunque llegue a hipócrita, y al cauto, así dé en cobarde. Los diarios se ciñeron al papel que entonces se les impuso; recelos, incertidumbres, pocas innovaciones, muchas salvedades y ninguna independencia. Eran armas cortas, que «sin escándalo del aire» producen efecto, pero con menor alcance que las de fuego; obra, en suma, encogida, soslayada; esfuerzo chico en espacio breve; sin impulso que, mirando al horizonte, sólo piensa en detenerse cuando paralice sus alas el cansancio.

Transformaron al periodismo el empuje de los acontecimientos y las instigaciones de la realidad, no para constituir una clase directora de las otras, sino centro donde juntas coincidiesen cuantas persiguen el bien público. Era relator, no tirano, imponiendo leyes sin ser juez, poderes sin ejercer ninguno, cifrándose en cuantas exclamaciones resonaran; del docto como del experimentado; del dolorido igual que del satisfecho, del que enseña y de quien corrige, para entregarlas al ansia popular, convertidas en esperanzas, alientos, y regocijos, o en desilusiones, desmayos y pesadumbres.

Iba perdiendo poco a poco su carácter, trocándose de reconcentrado en universal, consiguiendo al intensificar las sonoridades

del ambiente, al esparcir sus luces, que las protestas no se perdieran en el desdén, ni con la impunidad de las sombras tuviesen incremento las ruindades. No hubo, gracias a su esfuerzo, ni queja huérfana de cuidados, ni necesidad entregada al abandono, y se propalaron infinitos nombres, del inteligente, para guiar; del resuelto, para decidir; del poderoso, para imponer, y de cuantos resaltasen con cualquier motivo de la masa, con ánimo de que los clasificara la penetración pública.

Empezó a considerar la rapidez como uno de sus principales recursos y fórmula profesional insuperable la de «antes que nadie y mejor que ninguno»; no le movieron puros caprichos; sabía cuáles son los resultados de la prontitud. Por ella se han salvado infinitos intereses, han conseguido el triunfo empresas memorables y a diario se imponen el diligente sobre el calmoso y el activo sobre el lerdo. La prisa es una fuerza, y mostrada en los periódicos tiene sobre la eficacia al ejercerla, los efectos de la ejemplaridad. La prontitud refléjase en la vida, que debe consumirse al mismo compás con que se nos entrega, sin que ello redunde en menoscabo del resultado. Quien trabaja con apresuramiento tiene el ánimo apercibido para la celeridad; los descuidos, los errores, penetran más fácilmente en las almas habituadas a la placidez, que en las estremecidas por el desasosiego.

Se buscaban las hojas públicas, no sólo para satisfacción de convicciones o de apasionamientos, sino para vivir de veras, destruyendo las que parecían imposibilidades naturales. Desde cualquier lugar se percibieron las sensaciones del mundo, estableciéndose competencia noble y útil para la Prensa. Sobresaldría la mejor informada, la que tuviese más comunicaciones, la más abundante en datos del propio país, de los lejanos, dentro del continente, de los situados en las otras orillas de los mares.

La noticia rompió la cárcel donde la tuvieron aprisionada murmuraciones y cominerías, haciéndose trascendental: orden, aviso, indicacion; para muchos de positivo provecho, para otros

simple deleite. Fué desde entonces base del periódico, su cimiento; sobre él se construiría cuanto el arte sugiriese a sus cultivadores; crónicas primorosas, artículos profundos, relaciones animadas del Parlamento, de las Sociedades, investigaciones, comentarios, alardes del ingenio, enseñanzas; pero el impulso decisivo, modificador de su estructura, lo que le arrancó de la niñez, de la juventud, para conducirle a la virilidad, fué la «información», desde los modestos renglones que comunican un hecho sencillo, hasta la referencia detallada de un suceso que anda en todas las lenguas y revuelve todos los espíritus; desde el relato sucinto de un pormenor, hasta la historia de cualquiera de los acontecimientos que han sacudido y sacuden a la humanidad, para su castigo, o para su gloria.

En la noticia está todo: lo sublime y lo baladí, lo importante y lo minúsculo; pasan por ella el nacer y la muerte, las ostentaciones y miserias; quienes sufren, lloran, se retuercen desesperados y se desmayan afligidos, y cuantos se muestran radiantes, gozosos, desafiadores. Gérmen de unos trabajos, esencia de otros, nada representa hasta que el ingenio le infunde soplo alentador, entonces, no sólo satisface la curiosidad, además sugiere, excita, esclarece, por lo cual nadie gradúe su importancia, considerando el espacio que ocupa, ni tenga en poco a quien la proporcione, pues el arte de narrar bien, no sólo es el supremo del periodista, sino el de muchas otras modalidades literarias.

El periódico, cuando llega a la mayoridad, prescrita la tutoría que antes le tuvo sujeto, cuando obtiene independencia y nombre propio, sabe que con la nueva posición crecieron sus necesidades. No puede vivir de cualquier modo. El rincón de antaño, la sala humilde con mesa en el centro servía para redacción en otras epocas; la actual exige instalaciones amplias y apropiadas, dependencias numerosas, salones, talleres, máquinas. Las de componer perturbaron la fisonomía de la Imprenta; a las antiguas en que los cajistas *levantaban letra* intercalando comen-

tarios provocados por la lectura de cualquier cuartilla, sustituyeron las modernas, con aparatos movidos por hombres o mujeres, que se abstraen de la composición, formada a los sones monótonos de las teclas.

El ir enterándose del trabajo de los redactores, saborear sus frases y hasta discutirlas, concluyó para siempre. Ahora la tarea del periodista empieza en una máquina, la de escribir, yendo luego a otra, la que compone; desde ambas pasa a la que moldea la forma, concluyendo en la marcha triunfante de la *rotativa*, que tras vueltas vertiginosas de treinta, de cuarenta mil ejemplares por hora, entrega los que el público aguarda, hasta contados, para ganar minutos, en testimonio de que el periodismo nunca deja de mirar al reloj, como si quisiera, acelerándole, presentarse anticipadamente al público.

El complejo funcionamento de la Prensa, cada vez más costoso, necesita el apoyo capitalista, pero su fortaleza no estriba en los recursos proporcionados por el dinero, y así como la máquina exalta el poder intelectual, también le encumbran otros medios auxiliares, que las complicaciones del andamiaje, el arte empleado al erigirle, no aminoran, al revés, contribuyen a que sea mayor el mérito de la obra construída. Los adelantos del periodismo en todos los órdenes, nacen de su espiritualidad, la agudizan. Poco a poco perdió el trato con los apasionamientos, en bien de su prestigio. Antes derribaba ministerios; ahora los escucha, los examina y los entrega al juicio de las gentes. Ni el poder del influjo, ni el contante y sonante, le dan la energía y claridad que necesita. Hoy, como ayer y como mañana, que en tales asuntos las circunstancias no se alteran, tiene la fuerza invencible de la expresión; a medida que escribe mejor, que cuenta con mayor caudal de ideas, posee medios más seguros para imponerse. Más dueño de si mismo, más estudioso, más especializado, sin mansedumbres que anulan el propio pensamiento, sin soberbias que incitan a resolverlo todo, sin obcecarse hasta el punto

de creer que un gacetero lleva dentro de si un soberano en miniatura, responde por completo al tiempo en que vive.

En la transformación iniciada en los finales del siglo XIX, en la cumplida al empezar el XX, la literatura periodística supo elevarse, extender el vuelo. El artículo grave, pomposo, definidor, quedó sustituído por la nota expresiva y breve que no anega con palabras, sino que punza con advertencias e indicaciones. El suelto se impuso a la disertación, el párrafo conciso al mazorral y las planas de los periódicos dejaron de ser cielos plomizos, amenazadores, convirtiéndose en vistosos espacios, donde, mezclados, saltan el hecho y el comentario, el informe y las reclamaciones, frases solemnes y rasgos frívolos, lo que hace pensar y lo que simplemente agrada, parpadeos del gozo y miradas fijas de la reflexión.

Antes se admitía el periódico, ahora se necesita; pasó de útil a indispensable; por sus hojas circulan todas las impresiones, instruyendo sin enseñanzas; sin predicación influye; tiene la variedad de lo esponténeo, el ímpetu de lo trascendental; adelanta, resumidas, las consideraciones del libro; es aviso de la ciencia, que no se desdeña en ofrecerle sus primicias; la poesía le brinda a menudo flores; el industrialismo le pide apoyo y propaganda; las vanidades solicitan su concurso, ofrece llanto para las desgracias, eco paro los honores; conversa con reyes y súbditos; las masas le buscan, los personajes le solicitan, y de arriba a abajo, de lo más encopetado a lo más ruín, todos participan de sus vibraciones.

Cuando se ensoberbece, ¿es suya la culpa? Cuando engreído yerra, ¿de quién las responsabilidades? Si refleja los vicios y las virtudes, las prendas nobles y las bastardas de cuanto bulle a su alrededor, ¿por qué atribuirle exclusivamente intenciones que entre todos se deben repartir? ¿No es más justo, tratándose del efecto que un espejo produce, modificar la imagen? Si en él se contempla el mundo, si en él se recrea en ocasiones gratas, ¿por

qué al llegar las desagradables achaca a malquerencia lo que engendró la reflexión de la verdad?

¡Vivir sin periódicos! ¿Pero eso es posible? ¡Si hasta cuando están mutilados, silenciosos en períodos anormales, calman con sólo su presencia la ansiedad pública, sin satisfacer sus fines! No representan una clase para coacción, dominio, soborno, fascinaciones, lo que se suponga, de las otras. En las columnas de los periódicos modernos está congregado el conjunto de los elementos sociales; están todos los pueblos, todas las creencias, todos los intereses, todas las inquietudes, reunidos bajo mote expresivo: civilización. No le agitan ansias inconfesables de dudosa estirpe, sino muy precisas y elevadas. Para crearle, para mantenerlas, se requiere el concurso de una muchedumbre, en la cual se consientan las disposiciones felices y las modestas, sobresalientes y vulgares. ¿Dónde son todas magníficas, dónde poseen atributos de excepción; en qué profesiones se reclutan sólo aptitudes excepcionales; en cuál no suele también aparecer la veta azul, que altera un momento la blancura del mármol? El periodismo español, emancipado, sin propósitos directivos, dejando los primeros papeles y hasta el entremés, cumple su misión que no es la de ordenar la vida, sino iluminarla, sin sentir remordimientos, pues de la propia suerte que no son grandezas suyas las que pregona, tampoco pueden ser sus culpas cuantas delata. Si le preguntan con quién viene, puede asegurar que con muchos escritores, entre los cuales están quienes desertan de la obligación cotidiana, para concurrir a otros festejos literarios, y al revés, quienes interrumpen sus festejos para rendir tributo a la Prensa. Si lo que aguarda, dirá que la satisfacción de sus deberes, ni uno más de los correspondientes, ni uno menos de los necesarios. Si le interrogan acerca de su deseo, sostendrá que busca mayores grandezas, hasta igualar a cuantos de su condición hoy admira, y con ellos seguir progresivamente el camino de las maravillas humanas. Si, en suma, a quién pre-

fiere, de fijo contesta que a ninguno de los de su grey, pues si unos resaltan por esclarecidos, otros por humildes deben ser exaltados, y ¿quién define en las cuentas postreras, dónde debe establecerse mayor premio?

Merecerán siempre alguno quienes siguen el paso de las multitudes recogiendo sus manifestaciones; antes tenían cronistas los monarcas, hoy los disfrutan las sociedades enteras; antes referíanse las magnificencias o las cuitas de los próceres; hoy se registran los goces y los tormentos de cuantos habitan la tierra. La obstinada labor no se interrumpe, día por día, hora por hora, minuto por minuto; caen en el vaso de la atencion general, que jamás rebosa, acuerdos, medidas, actitudes, luchas, cuanto constituye el afán de cada uno y el de la generalidad, y al expirar la jornada, sus narradores, recordando palabras de Rodrigo de Cabrera, dicen: «Lo que sucedió después de esto, se queda imprimiendo, que es cosa digna de se saber.»

VIII

El periódico español aun no tiene la estatura que le corresponde, la que asombra en algunos hermanos suyos de otros países, pero la alcanzará, porque el auge de la Prensa no se quiebra. «Mientras los poderes seculares—ha dicho el Sumo Pontífice—van perdiendo algunos de sus atributos, el periodismo, imagen de la verdadera soberanía, los acrecienta.» Su influjo es, en efecto, decisivo para la formación espiritual de los pueblos. Sin ser, ni templo, ni palacio; ni hogar, ni asilo; ni sitio de ostentaciones, ni rincón desdichado, le ocupan cuantos anhelos y pesares resumen los del mundo, y define por completo la vida, siguiéndole los pasos.

Multiplica sus hojas, porque cada vez necesita más espacio;

algunos días forma, en vez de números, libros, y acuden a llenarlos escritores de toda laya, desde el satisfecho por su trascendencia y estilo, hasta el que se limita a decir en pocas palabras lo que interesa; no le bastan veinte, treinta, cien páginas; no por vanagloria, sino por necesidad. A medida que le acosan cuantas actividades ruedan por la tierra, multiplica sus medios para exteriorizarlas, y letras y figuras acuden solícitas á servirle. Invade territorios, borra fronteras, no vacila ante ninguna dificultad, ni consiente que nada le entorpezca. Lucha contra el tiempo y le domina; auxiliado por inventos maravillosos, suprime las distancias; cuanto bulle pasa por su acción; siente su apoyo, sin que una sola palabra pueda definir sus contrarios impulsos, que elevan y hunden, empujan y detienen, exaltan y aniquilan. El acento de los periódicos repercute en los lugares más animados y en los sitios más escondidos. ¿Rompe el saber sus austeridades, la imaginación quiere solazarse, las vanidades buscan lisonjas, justicia los desafueros, amparo la necesidad? Pues aunque el egoísmo les cierre sendas, aunque intenten ahogarle los más orgullosos poderíos, se oirán sus gritos, si son gritos; sus razones, si razones, no sólo donde resuenen, sino en el orbe entero, establecida la solidaridad de la imprenta, que hoy por hoy es la de mayor eficacia.

No estriba el poder de la Prensa en el apoyo de una o varias clases, en el concurso de elementos determinados; no está en la mano del fuerte, ni respira porque se lo tolere el soberbio; ni se alucina con los halagos, ni se rinde a las opresiones, ni se somete al soborno, la dádiva o la angustia; aunque crean dominarle la rebeldía o el acatamiento, la hosquedad o el fácil acomodo, no se entrega a nadie. Porque es de todos, no pertenece a ninguno, forma como la atmósfera de los pueblos, y no prescinde ni de la compañía que presta, ni de la relación que facilita, ni del apoyo que ofrece.

Algunos predicen su muerte. Sucumbirá—exclaman—por lo

que le dió fortaleza. El poder difusor de la vida que agiganta al periódico, puede también ahogarle. La telegrafía, con alambres y sin alambres, las comunicaciones diversas que resumen todos los acontecimientos del globo y los estampan en papel, acaso supriman el último trámite. No harán falta máquinas que tiren cientos de miles de ejemplares por hora, ni huestes de redactores, ni complicaciones de administración para distribuir los números; las ondas del espacio proporcionarán rotativa gigantesca y sutil, capaz de poner directamente en cada oído las referencias que agraden, el suceso que tema, la nueva que sobrecoja. Esto matará a aquello; los rascacielos donde hoy se albergan diarios poderosos con oficinas complicadísimas y ordenamientos perfectos, busquen otro destino. La hora de la Prensa concluye para que triunfe la escrita en el aire, arrastrada por los vientos y perdida en las sonoridades del infinito. El ímpetu abreviador llegará a los mayores extremos: al de ahorrarnos la necesidad de leer. Pero tal supresión es imposible; en el periódico hay algo más que notas informativas, avisos, advertencias; el periódico tiene alma; si no alienta en sus renglones, si no los sacude, si no los inflama, entonces será papel impreso solamente. Los capitalistas que erigen edificios soberbios, donde instalan máquinas magníficas, talleres admirables, con organizaciones completas de funcionarios, perderán su tiempo si no cuentan con el escritor, que, hoy como ayer, representa en el periodismo su esencia, lo fundamental, lo que no se obtiene de ninguna invención, ni se sustituye con ningún artilugio, ni obedece al imperio de la mecánica. ¡Fuerza creadora del pensamiento, luz inmortal del espíritu, que enciende Dios y sólo El puede apagar!

El periódico se desarrolla durante épocas distintas, aumentando en cada una los medios difusivos que le robustecen; intensifica su saber, le propaga con velocidad, dándole el matiz con que la inteligencia colorea a las palabras y recogiendo cuanto interesa o conviene a la opinión, sin aislamientos egoístas, mez-

clándose en los regocijos o pesadumbres provocados, no a modo de vehículo inerte, sino como organización sensible, influída por los propios acontecimientos que transmite. El arte del periodista está en sumar a sus relatos la emoción que es luz para los cerebros y sentimiento para los corazones; en infundirles con la veracidad el temblor comunicativo que reparte impresiones placenteras o de ira, de amargura o de piedad, entre quienes las envían o las reciben.

La imaginación pide al arte que facilite y avalore sus tareas, con acontecimientos y personajes recogidos de la realidad; así nacen las novelas y los dramas que el público sanciona. El periodista también los compone sin inventarlos, con sucesos verídicos; dramas eternos de las venturas, congojas y fierezas humanas; novelas imperecederas del amor, pesadumbres y miserias, que alegran o entenebrecen nuestra existencia. Las obras escritas en los periódicos, generalmente son estrenos de las que luego se escuchan en los teatros, o de libros que después nos solazan. Si brilla el arte cuando el autor inventa, también luce cuando el periodista copia; aquél con la ventaja de ceñir a su deseo la fábula y las personas que maneja, éste con el descanso de confiar a la perspicacia esfuerzos que en otro trance resolvería la imaginación. Arte hay en el periódico; arte expresivo, muchas veces galano y siempre efímero, porque el hombre procura olvidar cuanto le contrista, y la vida, por cada halago, impone múltiples pesares. En sus hojas brotan los sucesos con promiscuidad desesperante, y por lo mismo, requieren tareas ingratas y fatigosas; no elige temas ni auditorios; mensajero del bien y del mal, no en su deseo, en su destino hay que fijarse. Le cumple sin volver la vista a lo que fué, sin clavarla, escudriñadora, en lo porvenir, porque ni tiene interés por lo pasado, ni tiempo para meterse en vaticinios; el presente reclama su afán de cada día. Sabe además que las justicias definitivas no suenan en labios humanos, y prefiere al papel de tribunal sentenciador, el de testigo.

DISCURSO

DEL EXCMO. SR.

D. CARLOS M.ª CORTEZO

Señores Académicos:

Es frase, más acreditada por repetida que comprobada por cierta, la que califica a la vejez como la edad más triste de la vida. No niego que los espíritus soberbios y desvanecidos, que suponen que para cada uno de ellos fué llegado el goce máximo de las facultades físicas y morales, y acogen como una especie de castigo la parte última de un proceso, tan necesaria y fatal como lo fué la primera en que disfrutaron de la juventud con su cortejo de esperanzas, puedan ver con gran amargura estas últimas, o no cumplidas, o sustituídas por ásperos desengaños. Para los que, teniendo fatalmente que bajar de la cima, prefieren ser alud que se derrumba y no arroyo que suavemente se desliza, la vejez debe ser un tormento; pero para aquellos otros que aceptan la ley de la vida como igual en todos sus momentos, y ponen sus empeños en el logro dela propia y de la ajena felicidad, para éstos no existen diferencias entre los placeres fugitivos de las edades primeras y los reflexivos y tranquilos del fin de la existencia.

La falta de resignación ante la invalidez física, naturalmente sobrevenida por la marchita fealdad de lo que fué lozanía juvenil, o por la evaporación lenta de la potencia fundamental y ética, al propio tiempo que demostración de injusticia, lo es también de desconocimiento de las compensaciones con que la Providencia consuela las deficiencias naturales de lo que siempre debió esti-

marse como transitorio y fugaz. ¿Quién puede negar que las ilusiones y esperanzas de la edad moza llevan en ella misma fracasos y sinsabores que la inquietan y desazonan, mientras que en la vejez las enseñanzas de la experiencia producen satisfacciones íntimas para los que saben estimarlas, y que se encuentran en todo tiempo alternativamente, amargas o dulces las ilusiones, y placenteros o dolorosos los desengaños, cuando nuestra conducta, al través de las ondulaciones de la existencia, no ha puesto ni voluntad en el daño producido, ni propósito de error en el desacierto?

Digo esto, que quizás os parezca incongruente y fuera de lugar, porque puedo aseguraros que en el día de hoy experimento uno de los más intensos goces de mi vida intelectual y afectiva, al ver por vosotros recibido con espontánea estimación e innegable beneplácito, a un joven en quien desde los primeros años de su adolescencia descubrí, sin grande esfuerzo, condiciones relevantes y eximias, que hoy vienen a encontrar el premio de su reconocimiento, recibiendo de vuestra mano la honra, por tantos codiciada, de entrar a formar parte de este centro de la nacional y de la universal cultura.

Conocí a José Francos Rodríguez cuando apenas había cumplido los catorce años y entraba como alumno interno supernumerario en el Hospital de la Princesa, del que era yo, por aquel entonces, sin muy grande diferencia en la edad, jefe facultativo. Aún recuerdo, como si de ayer se tratara, la primera impresión que en mí produjeron las aptitudes intelectuales de aquel mozuelo, cuando un día, por casualidad y sin que él lo sospechara, le oí, en habitación contigua a mi despacho, discutir en una especie de academia escolar que los alumnos del Instituto benéfico habían constituído. Llamando mi atención el contraste de lo infantil de la voz con lo atinado y bien ordenado de las razones, y aún más, con la natural elegancia con que eran expuestas, pregunté de quién se trataba, y supe entonces que aquel principiante

de la oratoria era el que hoy recibís como maestro en vuestro seno, reconociéndole como digno y capaz para tomar parte en vuestras arduas tareas.

Desde tan lejana fecha he seguido con cuidado y simpatía el desarrollo de aquella inteligencia casi infantil, y quizás, en lo que me fué dable, contribuí a guiarla en sus primeros pasos, y a facilitarle alguno de los difíciles comienzos de la vida estudiosa.

Llegó a poco el joven Francos, por propia cuenta, alejándose de aquellos campos en los que yo creí que juntamente con los literarios y políticos, pudiera cosechar más positivos triunfos, a recibir el título de médico, y pude saber con gozo sus adelantos rápidos y visibles en los campos de la Literatura, y muy particularmente de la dramática y de la periodística, a la que siempre ha consagrado preferente amor, del que es una manifestación el discurso que acabáis de escuchar.

Mientras sus trabajos y sus actuaciones políticas me confirmaban en el juicio pronóstico que de él formé, adquiría también convicción, por el conocimiento de su vida privada y social, de que no había errado yo al creer que en aquel muchacho de los primeros tiempos se desarrollaban, armónica y paralelamente, una alta inteligencia, que iría perfeccionándose por la cultura, y un gran espíritu que sabría sostenerse sano y levantado, aun a través de las difíciles contiendas políticas y de las escabrosas prácticas de la vida periodística.

Yo descubrí desde luego un joven de imaginación y de talento, y adiviné a un hombre de corazón y de firmeza; le encontré, por azares de su vida, empeñado en el aprendizaje de una ciencia positiva, a veces ingrata en su esencia y en su carácter, y sólo bella y atractiva en lo que encierra de humanitaria y consoladora del sufrimiento. Francos era un estudiante de Medicina, y un buen estudiante, porque tenía alto concepto del deber y más que sobrada inteligencia para serlo; pero el alimento que a sus excepcionales aptitudes se ofrecía, no era el requerido por su insa-

ciable apetito de saber ameno y de estética creación, y, como dice uno de los más grandes literatos franceses, recientemente muerto, «para digerir la Ciencia es necesario haberla tragado con apetito». Sucedió lo que era de prever: nuestro amigo concluyó con lucimiento su carrera; pero como paralelamente con esta unión legítima cultivaba el trato amoroso con la deidad verdaderamente atractiva de su corazón y de sus aficiones, como tantas veces sucede, la mujer legítima fué sustituída en el alma por la absorvente pasión de la querida, y Francos dejó de ser médico para ser poeta, literato, político, periodista y hombre de Estado.

Comenzó por ser poeta; pero verdadero poeta, es decir, fácil, sencillo, correcto y selecto autor de rimas, que escribía cuando la inspiración se las dictaba. Decía Cánovas del Castillo que «la poesía, aunque otra cosa piensen los profanos, es arte que debe cultivarse formal y casi exclusivamente, si ha de dar sazonado fruto», y yo me permito afirmar, quizás por lo mismo que soy *profano*, absolutamente lo contrario: no concibo al *poeta artesano*, que es lo que en último resultado vendría a ser el hombre que, de un modo exclusivo, se dedicase al arte de *hacer versos; artista* le quiero, que no *artesano;* y el *artista* de lo que ha menester es de *inspiración*, y no es ella cosa que de continuo, cronométrica y metódicamente se obtenga; acude, las más veces, sin ser llamada, e incita y mueve inesperadamente cuando los momentos de pasión, de dolor y de júbilo la favorecen, y esto, que ocurre a menudo en épocas de la vida, alejadas entre si por años, quizás por lustros, no puede constituir una ocupación permanente, un empleo o un modo de vivir adiestrado en una enseñanza regular, y obediente a una didáctica disciplinada.

Otras son las exigencias del Arte cuando ha de manifestarse en sus formas de pintura, escultura y música, porque cada una de éstas requiere medios materiales de ejecución que no son necesarios a la poesía; a ésta, si es verdadera, hasta la lira estorba. El poeta que lo es a la manera que yo le concibo, tendrá pocas

veces gran renombre, a no ser un Jorge Manrique, que con solas las endechas que le inspiró el dolor por la muerte de su padre, se colocó en la más alta cumbre del castellano Parnaso; o a no ser un Félix Arvers, que, con solo un soneto, conquistó un lugar en la primera fila de los líricos franceses modernos.

Digo que mi amigo era un poeta, porque era espontáneo y sencillo, y no rebuscaba en la afectación de pasiones dudosamente sinceras, ni en los arrumacos de una retórica de orfebre, el valor que sobraba en sus inspirados versos, que, según creo, y por desgracia, nunca han formado verdadera colección. ¿Concebís, señores académicos, una lira adornada de camelias, gardenias y orquídeas? ¿No la preferís con amapolas, lirios o margaritas? ¿Pensáis que jamás las musas se perfumarían con el opopónax, el *patchuli* y otros mejurjes de las perfumerías, teniendo el romero y el tomillo de los montes, y el nardo y la rosa de los vergeles?

Había el poeta de pensar, además, en algo positivo, y ha de ser cosa muy difícil esta de vivir hoy y ser poeta, pues si el poeta que lo es de veras hiciera de su inspiración su sólo oficio, tendría el de aquellas hormigas fabulosas que en vez de granos de trigo acopiaban granos de oro: reunirían un tesoro, pero se morirían de hambre. Pero ¡ay del arte cuando la necesidad le transforma en oficio! Realiza entonces una metamórfosis invertida, y de mariposa cae en la condición de gusano.

Y así el poeta adolescente, sentido y genuino en nuestra sociedad interesada, inquieta y codiciosa, tiene pronto que tomar uno de dos caminos: o el de la bohemia desesperanzada, pesimista y suspicaz, o el de las manifestaciones de aplicación práctica y positiva, que se representan en la literatura dramática y en la actuación de la política.

Nuestro nuevo compañero, con lealtad sobrada y con falta de causa para amarguras positivas, aceptó desde luego el segundo, y se hizo autor dramático y periodista en la primer etapa del camino que había de recorrer.

La literatura dramática era una de las aficiones predilectas del joven poeta. Ayala, Sellés, Echegaray, Cano y Novo recibían de él un culto por ellos ignorado y que tenía por expresión la asistencia devota a los estrenos de sus obras y la recitación entusiasta de sus más salientes pasajes. Muchas han sido las veces en que le oído recitar, con entonado timbre y apropiada expresión, los famosos monólogos de *Consuelo* y *El Nudo Gordiano* y la maravillosa escena final de *En el Seno de la Muerte*. Pero pronto quiso ser algo más que admirador, y entonces comenzó su nueva fase de autor dramático.

Como no quiero hacer una biografía detallada, por más que a ello me inciten el afecto y la esperanza de que habría de interesaros, me limitaré a decir que la obra dramática de Francos, representada en sus producciones originales, como *El Catedrático*, *El señorito* y otras, en sus traducciones y en sus arreglos, como *María Estuardo*, *Fedora*, *Las Vírgenes locas*... basta para crearle una personalidad literaria; pero me interesa además llamar vuestra atención acerca del hecho de que en toda esta labor sigue manifestándose, en próspero desarrollo, aquel primer gérmen de desinteresado altruísmo que apareciera en él desde los primeros años de su vida. Por eso viviendo en una época en que comenzaba con caracteres de empeñada lucha, la trabada en el campo de la sociología y de la economía política, por las escuelas que se le disputaban, dió en muchas de sus producciones, tinte social y, si se quiere, hasta socialista, a la concepción estética que le movía; y por eso de todas sus obras dramáticas la que mayor resonancia tuvo fué el arreglo, o transformación radical, a nuestra escena, del famoso drama *Los Tejedores de Hauptmann*, que con el título de *El Pan del Pobre* ofreció al público español, en colaboración con el Sr. González Llana. Tuvo un éxito clamoroso.

La época en que escribió Francos esta, que yo entiendo es la más característica de sus producciones para el teatro, era crí-

tica en la evolución de las ideas económicas y sociales, que intentando manifestarse en realidades prácticas, estimulaban más la pasión que los convencimientos de aquellos que en tan trascendentales problemas se ocupaban. Al triunfo transitorio, con apariencias de definitivo, del individualismo y de la escuela científica y tradicional de la economía política clásica, comenzaba a sustituirse la escuela intervencionista y providencial, que exigía del Estado el remedio de males tan innegables como quizás mal atribuídos. Las verdades de la ciencia económica se habían aprovechado, no por el individualismo, sino por el egoísmo capitalista en abuso de explotación de los peor defendidos en la lucha de los intereses, y la vara de la Justicia se había sustituído por la férula inflexible del más fuerte.

Lo que en el campo de las ideas tenía difícil defensa, en el de los sentimientos había de contar con una fuerza impositiva, que rebasaría los límites de lo justo, por haber sido ellos antes rebasados por los que habían determinado un verdadero estado de iniquidad que impresionaba a los corazones generosos y a los espíritus altruistas.

La lucha entre el derecho y el abuso, entre la fuerza y la razón, entre la justicia y la iniquidad, no se ha resuelto nunca en la historia en el sentido del viejo apotegma de «la force prime le droit». Las supremacías que a tal máxima han dado fundamento han sido siempre cosa transitoria, amén de provocadora de arbitrariedades de compensación, que han impreso a la marcha de la Humanidad, un movimiento de péndulo, haciendo a veces estimar, como si fuese andar progresivo, lo que no son sino ondulaciones rítmicas alrededor de su centro de fijeza. Toda la fuerza, poderío y energía civilizadora del mundo romano, cayó a los pies de un modesto Predicador que, en una colonia insignificante, habló a los tiranos en nombre del amor, de la igualdad a los poderosos y de la esperanza a los oprimidos; todos los triunfos y las leyes de bronce emanadas de los rígidos principios de la economía tradi-

cional y científica se han sacudido por el esfuerzo, más que de los explotados, de los que en su ayuda acuden, quizás con un apresuramiento que expone a una reacción de injusticia, tan dañosa como la injusticia que la provocó.

A la edad y dentro de la atmósfera en que escribió Francos su *Pan del Pobre*, los sentimientos gritan más altos que las ideas, y las palabras se inspiran más en el deseo generoso del remedio que en la discreta inspiración de la realidad; por eso este drama, como tantos otros nacidos por aquella época, tienen más de protesta que de remedio.

Los deseos de intervención activa en la resolución de los problemas políticos y sociales empujaron a nuestro nuevo compañero aún más allá de la poesía dramática, a terrenos de aplicación inmediata y actuación urgente, y entonces se dedicó de modo principal al periodismo, al que, dígase lo que se quiera, no se le podrá negar hoy, ni se le ha negado nunca, con justicia, un papel de significación importantísima en el mundo evolutivo de las letras. «Catapulta puesta en movimiento por pequeños odios», le llamó Balzac, y testimonio de tan enorme excepción como Emilio Girardin asegura de él que «es un poder que reina, que gobierna, que administra y que juzga sin ser intervenido y sin responsabilidad», y no falta escritor retrógrado que, acusando al periodismo de todos los males, llegue a permitirse el chiste de decir que podría asegurarse que Caín leyó periódicos en el Paraíso.

Junto a esto, reconociendo el valor del periodismo, expresado ya en la significación antonomásica que hoy se da a la palabra *Prensa*, nadie puede negar, aunque lo intenten los que quizás menos debieran hacerlo, que sin el periodismo no se concibe ni la sociedad ni la vida contemporánea, y que de él se sirven no sólo el progreso actual y la aspiración del mejoramiento futuro, sino hasta la historia de lo pasado, rememorando, rectificando, ensalzando y vilipendiando lo pretérito para aprendizaje de lo futuro.

Cuando Laurent decía que el oro de las ideas necesitaba cambiarse en calderilla para penetrar en el corazón de la sociedad y de las masas, iniciaba un pensamiento que es reflejo perfecto de lo importante de la Prensa periódica en el mundo contemporáneo.

La Prensa periódica desde sus comienzos, hasta su relativa perfección actual, siempre ha sido solicitada por dos necesidades humanas que, de una u otra manera, se ha esforzado en satisfacer. Son estas dos aspiraciones la de la curiosidad, sed insaciable del espíritu, y la de la crítica, tendencia al equilibrio del pensamiento.

Obligada por su carácter periódico a cumplir estos deberes, y por su índole de generalizadora a penetrar en todos los sitios, filtrarse en todos los terrenos y hundirse en las posibles profundidades, no tiene más recurso que aquel de trocar el oro purísimo de la barra originaria, en el de la calderilla difusora del instrumento de cambio. La evolución impuesta al escritor se hace las más veces a expensas de la vida de éste, y el público, que de ello se aprovecha, no se da siempre cuenta de los talentos que consume y del genio que reduce a cenizas en el altar de su insaciable amor a la fácil novedad.

¡Cuántos talentos se consumen sin gloria en ese ara nunca apagada que quema, desdeñosa, combustibles que pudieron ser frondosidades en la espontánea libertad de la selva o flores de exquisito perfume en las praderas y los vergeles!

Nunca debemos sentir enojo, si alguna vez creemos ver intento de producírnosle, cuando es la Prensa periódica la que sirve de instrumento a la herida que nos molesta. Bástenos con enderezar el juicio a la causa que inspiró el movimiento que nos enoja y siempre encontraremos algo, más que disculpable, de justificado en su origen, si no por lo merecido de la censura, por lo involuntario del daño producido. Pocas veces hallaremos razón aviesa ni voluntad torcida. Si bien reflexionamos y si en el fondo

de lo que nos ofende creemos ver injusticia, acordémonos, para neutralizarla, de las ocasiones en que esta misma injusticia se habrá ejercido en nuestro elogio probablemente por iguales ligerezas de juicio y por imposiciones evidentes de la profesión, llamada a satisfacer constantemente la efímera curiosidad. En las más de las ocasiones, el periodista ni es benévolo ni malévolo: es periodista, y a lo que tiene que atender primera y quizás únicamente es a dar cuenta de sucesos, a mostrarse en ellos mejor informado que ningún otro y a formular juicios en los cuales, si fuese él a ahondar en la inquisición de los efectos que producirán, le sería imposible la vida o, cuando menos, el sueño.

Para llegar a la vida madura siendo un periodista estimado por la opinión, amado por muchos y respetado por todos, se necesita ser en el fondo, más que en la forma, un hombre justo y ponderado; se necesita dejar siempre transparentar una intención recta y una voluntad bien encaminada en cuanto se escribe y se publica, y estas condiciones, aunque no frecuentes, se dan algunas veces, y nunca con tan innegable precisión como en el académico que hoy viene a sentarse entre nosotros.

Al llegar Francos al periodismo, sufría esta poderosa manifestación moderna del pensamiento, una crisis, si no externamente ruidosa, profundamente transformadora. El periodismo doctrinal, solemne y, al propio tiempo, inspirado en ideas sectarias y en propósitos políticos, se transformaba poco a poco en el periodismo de información, de noticias y de crítica efímera. Al largo artículo de fondo en que los Lorenzanas, los Castelares, los Riveros o los Nocedales formulaban doctrinas y creencias arraigadas, con frases tendenciosas encaminadas al logro de una realización práctica, sucedía la *información* minuciosa y detallada; en la relación de cada uno de sus incidentes se ponía tanta o más intención que en un largo alegato, y se trataba de sustituir la solícita atención del candoroso catecúmeno, por la inquieta y siempre despierta curiosidad de todo un público, que ama la no-

ticia como si fuera su aire respirable y que se embriaga con la mala noticia con una preferencia muy poco loable desde el punto de vista de la ética social.

Novedades, noticias, informaciones, curiosidades, hechos estupendos, acontecimientos inverosímiles, eso es lo que pide el público actual, sobre todo desde hace un cuarto de siglo. ¿Cómo exigir de los que tienen por oficio el atender a la formación de esa atmósfera respirable, que sólo lleguen a ella hechos bien confirmados, suaves conceptos, atinadas reflexiones y críticas severas y documentadas? El tedio es una gravitación impositiva en el pensamiento vulgar, mucho más explicable que lo sería la consideración reflexiva, paciente y trabajosa. El *periódico discreto* nace hoy, por fatalidad, condenado a muerte por asfixia si abandona los moldes y los procedimientos que en todos los países dan forma casi única y siempre impositiva a la Prensa actual.

Consolémonos con que los males y los errores que se le achacan, no son ciertamente suyos o, cuando menos, no lo son en su totalidad. Si los espejos tuviesen voluntad para transfigurar a los que en ellos se miran, no reflejarían jamás un semblante contrahecho, ni siquiera acusarían una arruga ni una cana; pero la Prensa es el espejo de la psicología del tiempo en que se produce, y aunque sea triste decirlo, lo que nuestros contemporáneos buscan es lo desagradable en el hecho y lo violento en el dicho.

¿Podría encontrarse en este sentimiento instintivo la explicación del deleite mostrado, sobre todo otro, por los poetas, en el cultivo tradicional de la tragedia? ¿Entraré en demostraciones del regocijo históricamente demostrado desde los textos de San Agustín hasta la última revista de toros o de boxeo...? No os asustéis, no he de intentarlo, pues no pretendo hacer crítica trascendental, y sí formular un juicio respetuoso.

La vocación que Francos sintió por la Prensa parece que se aviene mal con el fondo de su carácter sincero e incapaz del deseo

del daño ajeno; pero quizás no se avenía tan mal, con la forma que Francos daba a veces, en el trato social y en las conversaciones con los camaradas, a los juicios que concebía y a las opiniones que formulaba. Fuera por contagio, fuera por esgrima en la lucha que en su alrededor se libraba, y en la que el amor propio le impulsaba a la demostración de su destreza, es lo cierto que muchas veces él manisfestaba en el trato íntimo una acritud en sus juicios y un exceso de severidad en sus fallos, tan propios para aumentar el prestigio de su fama futura de periodista, como infieles trasuntos de su índole bondadosa.

Y aumentó poco a poco su fama de periodista, y fué llevado a la dirección de dos periódicos populares e importantes: primero a la de *El Globo*, que desde los tiempos últimos de Castelar era un periódico de discreta y templada oposición republicana, representante evolutivo de la antigua Prensa política y doctrinal, y luego a la del periódico que puede decirse que fué el primero en adoptar en España los procedimientos progresivos de la Prensa europea: al *Heraldo de Madrid*.

La campaña de Francos como director del *Heraldo*, dejando a un lado lo que en el sentido político significó, por no ser ni de este sitio, ni de este momento, basta por sí sola para abrirle, como escritor correcto, las puertas de esta casa, y como hombre probo y patriota, el corazón de todas las gentes.

La coincidencia en aquella hoja diaria de su inspirador, el grande y nunca bastante llorado Canalejas, y del *Director*, instrumento y reflejo del pensamiento de aquél, personificado en Francos, es cosa que, a los que de cerca y a fondo la conocemos, nos produce complaciente asombro. La inverosímil copia de cultura, el arresto juvenil en el anhelo de la reforma y la absoluta sanidad y el austero propósito en la consecución de los ideales, eso era José Canalejas, y nunca pudo encontrar otra personalidad para significar y propagar su pensamiento y sus deseos, como este *Director*, a quien le unió, más que un trato frecuentado y antiguo,

esa *afinidad electiva* que atrae tan ciega como ciertamente a los espíritus para la formación de combinaciones inmateriales, como a los cuerpos químicos para la formación de los compuestos estables.

Acomodando el juicio tan sólo a la persona que hoy recibís en vuestro seno, y dejando para el fallo de la Historia el que merezca el incomprensible y brutal atentado que puso fin a la vida del más moderno, más desinteresado y más selecto de nuestros pensadores políticos, os invito a que fijéis vuestra atención acerca de lo que ha podido ser la vida de Francos, no sólo actuando en el periodismo militante, sino alcanzando en él el justo renombre que todos con gusto le reconocemos.

Un hombre como Francos, metido a periodista de oficio, ha de tener: o mucho talento, o mucha habilidad o mucha paciencia, para poder llegar a la edad madura considerado, estimado y querido por todo el mundo.

Leyendo uno de estos días un muy interesante trabajo publicado en *El Mercurio de Francia,* por Andrés Billy (1), y al propio tiempo preocupado por lo que había de decir hoy al recibir en este sitio a nuestro nuevo compañero, no podía menos de pensar con asombro en todo lo que debe haber significado de paciencia, de sacrificio, de habilidad y de talento la actuación de este hombre en el trabajo diario y absorbente que representa la dirección de un gran periódico.

El político, el literato, el personaje en cierne o en madurez, insaciables en su sed inextinguible de notoriedad, unas veces con la hábil insinuación, con la petición insistente otras, suponen siempre exiguo lo que de ellos se dice, y poco expresiva la alabanza, y menguado el incienso que en su honor se quema; el personaje quisquilloso y suspicaz, que ve una alusión mortificante en todo lo que no represente para él un elogio desproporcionado, y

(1) Comment se fait un journal.

una ironía en toda frase que no agote el léxico de las hipérboles laudatorias; el autor que supone amordazada por la envidia la lengua que le hace la merced del silencio; el negociante que encuentra lo más llano del mundo el asociar a la complicidad de sus tramas al periódico, reservándose la totalidad de los provechos posibles; el actor infatuado, que ni siquiera muestra agradecimiento cuando con injusticia se le encomia; el perpetuo rectificador de detalles que en toda omisión o inexactitud inocente ve una envenenada intención y una maniobra estudiada; el jefe de partido que impone como razón de sus errores la conveniencia sectaria y el concepto dictatorial que por sus secuaces se le reconoce, todos acuden de modo incesante, con apremios inconsiderados y con aspectos de natural exigencia, para poner a su servicio a un órgano de publicidad que una vez que les ha complacido es, en las más de las ocasiones, motejado por ellos desdeñosamente. Y todos estos matices de la difícil actuación del director de un diario pasan por él señalándole responsabilidades, tácitas sorpresas, agotando las condiciones diplomáticas del talento más flexible y poniendo a prueba las resistencias más tenaces de la conveniencia y del interés de todos. Y paralelamente con esto, que si no es motivo de gran preocupación lo es al menos de ocupación molesta, ha de poner el pensamiento en los problemas siempre impositivos de una actualidad apremiante, que si muchas veces es superficial y efímera en su urgencia, en otras lleva consigo un espíritu de trascendental importancia, y ha de atender a la necesidad del estudio de cuestiones que no siempre pueden estar en el ánimo de un solo hombre, documentadas e iluminadas por una cultura variable, y que quizás se solicita de modo tan inesperado como apremiante.

Añadid todo esto a lo que puede llamarse el juego y la actividad política que constituye el cañamazo en que se realzan las obras de la Prensa diaria, y todavía, como si fuese poco, las atenciones naturales del aspecto industrial y de conveniencia económica de la empresa, que al fin y al cabo representa el esqueleto sólido que

ofrece sostén y defensa a los aparatos que asociados constituyen el organismo de la publicación.

Mi predilecto autor dramático contemporáneo, el gran Tamayo, decía en uno de sus dramas menos conocidos: «¡Ay del hombre que cause envidia, y no cause temor al mismo tiempo!», y más adelante: «No sabes tú qué negocio tan productivo es el tener mal genio.» Pues bien, si Tamayo hubiese conocido la historia que os estoy bocetando (y a su protagonista), hubiera visto que no era exacta su afirmación, pues éste ha logrado ser envidiado sin ser temido, pues del mal genio de Francos no creo que nadie haya tenido el más remoto temor.

La natural recompensa del periodista es en la mayoría de los casos la antipatía universal. La crítica es piedra de toque o de ensayo; para serlo tiene que empezar por ser piedra, y su dureza desagrada hasta al oro de ley. Lo que hoy os digo viene a ser una demostración de que hay críticas que no son tan pétreas que produzcan cicatriz.

«Todos los que hacen alguna cosa tienen en contra suya—ha dicho Claretie—primero a los que hacen la misma cosa, después a los que hacen la contraria, y por último al gran ejército de las personas que no hacen nada.» Pues bien, en el nuevo académico vemos hoy desmentido este que a primera vista nos parece verdadero apotegma, dado que los que hacen la misma cosa, o sea los otros periodistas, le elevan con unánime perseverancia a la representación presidencial de su Asociación más íntima. Los que hacen la cosa contraria, o sea los por él criticados, literatos y políticos, le llevan a los altos cargos de la gobernación del Estado, y aun a los más estimables todavía de estos cenáculos académicos, y por último, los que no hacen ni lo uno ni lo otro, le honran con universal aplauso, y con la solicitud constante de sus trabajos,

Si no temiera fatigaros, traería a vuestro recuerdo la brillante figura del orador, parlamentario que tantas veces alcanzó el aplauso

y el convencimiento en la Cámara y en los mitines, y la labor fecunda y patriótica de quien desde los más altos cargos de la Administración ha intervenido en la marcha de la política del país sin abandonar ni un momento sus personales y brillantes aportaciones a la literatura, que en libros como *Huellas Españolas*, y en artículos frecuentes como las *Memorias de un Gacetillero*, revelan la honda inspiración del patriotismo, la profundidad y trascendencia de su pensar y la galanura de su estilo.

Reconozco que he pecado de prolijo en mi tarea, y temo que si respondiera a los deseos que aún me mueven, habría de caer en la más grave falta de ofenderos, por parecer que intentaba revelar cualidades y aptitudes que os son bien conocidas en nuestro nuevo consocio. Termino, pues, y no de agradeceros la benevolencia de vuestra atención, ni de alabaros por la continua muestra que dais de la renovación de vuestro selecto senado, del alto espíritu de amplia justicia conque procuráis llevar a cabo la perseverante labor de *afirmar, purificar* y dar *esplendor* a nuestra amada habla española.

He dicho.